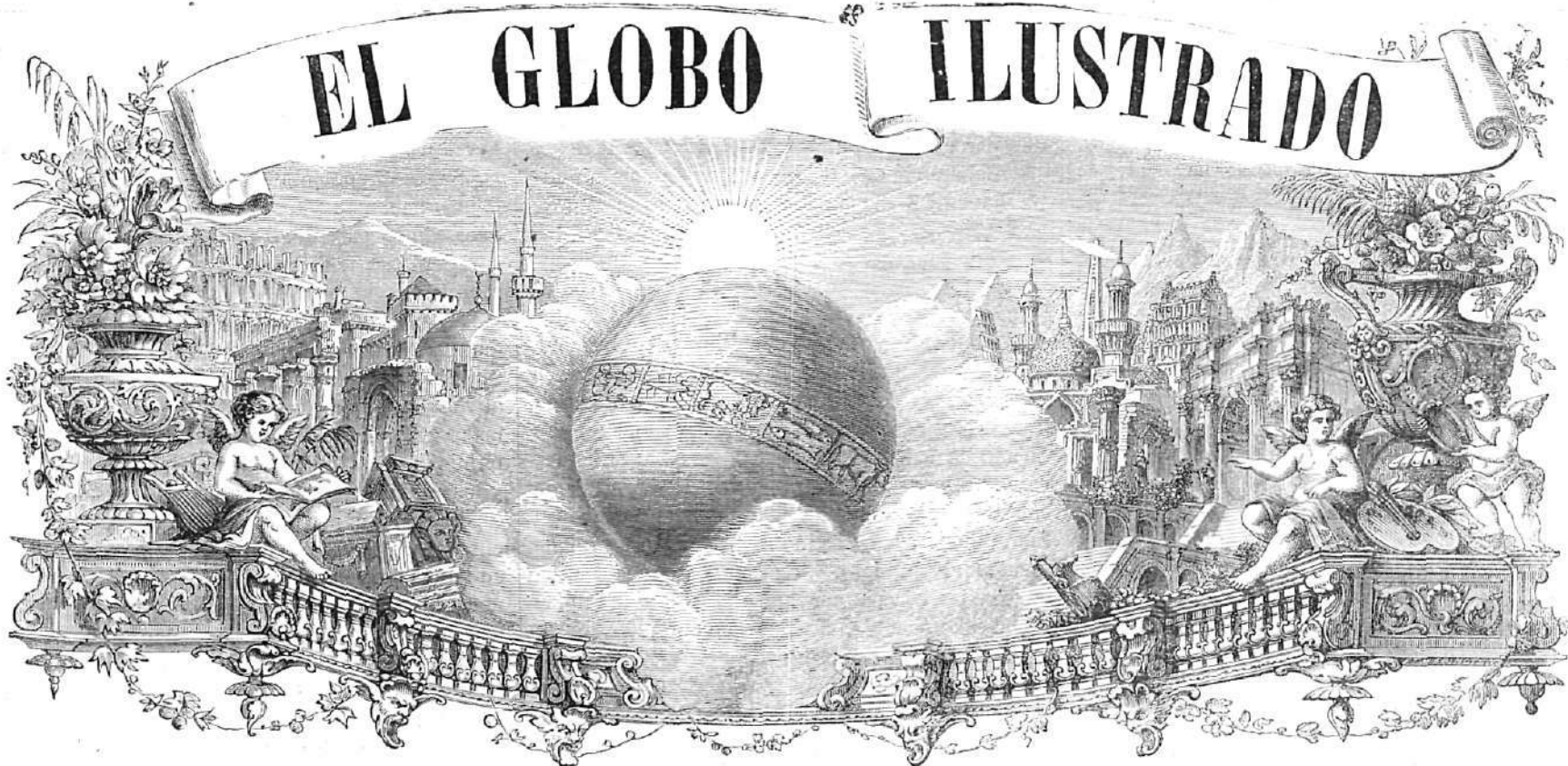


EL GLOBO ILUSTRADO



NUMERO 5.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los meses se publican dos números de EL GLOBO ILUSTRADO, y cada número consta de 16 páginas, ocho de grabados y ocho de texto. El precio de suscripción es en Madrid 4 rs. al mes y 40 por un año; en provincia 18 rs. al trimestre y 60 por un año; en París y en el extranjero 20 francos al año; en las posesiones españolas de Ultramar 4 pesos fuertes y en el resto de América 5 id., enviándose directamente por los vapores ingleses. Se suscribe en Madrid en el Establecimiento tipográfico del Banco INDUSTRIAL Y MEN-

CANTIL y en todas las librerías; en provincia y en Ultramar en casa de los correspondientes de dicho establecimiento, ó directamente enviando letra del importe á la orden de los señores F. de P. Mellado y Compañía; en París en las librerías de estos mismos señores á cargo de Mr. A. B. Laplace, rue Séguier, 3, y calle de Rivoli, 75, y en casa de M. Denné Schmit, rue Favart, 2.

Los números sueltos se venden á 2 rs. en Madrid y 3 en provincia.



SUMARIO DEL NUM. 5.

ARTICULOS. La guerra.—La paz, por don ANTONIO PIRALA.—La Cueva de las Maravillas, leyenda, (conclusion), por don AUGUSTO FERRAN.—Una noche de máscaras en 1834, por don DIONISIO CHAULIE.—Venecia y el Adriático, por R.—La guerra europea, apuntes biográficos acerca del rey de Prusia, por L. B.—¡Dios te salve Maria! paráfrasis, por don ANTONIO ARNAO.—Ensayo de torpillas submarinas en la residencia imperial de Villeneuve-l'Étang, por L. B.—Visita de S. M. la emperatriz y de S. A. el príncipe imperial al banco de Francia, por don EMILIO BORDELINO.—Cristeta, novela original, por don ILDEFONSO A. BERMEO. (Continuación).—El fusil de aguja.

GRABADOS. Número 1. Página 65.—ITALIA.—El 4.º batallón del regimiento 49 de línea al mando del príncipe Humberto, se forma en cuadro para resistir el ataque de los hulanos austriacos.

Número 2. Pág. 68. Vista general de la ciudad de Praga, capital de la Bohemia, evacuada por los austriacos.

Número 3. Pág. 68. Uniforme del ejército austriaco.

Número 4. Pág. 69. Entrada de los prusianos en Hannover el 17 de junio.

Número 5. Pág. 69. Vista interior del salón de sesiones del Cuerpo legislativo francés, en el acto de cerrarse la discusión del presupuesto.

Número 6. Pág. 72. Aspecto del campo de batalla de Turnan á las tres de la mañana.

Número 7. Pág. 72. Retrato de F. M. L. Ramming, comandante en jefe en la batalla de Skalitz (Bohemia).

Número 8. Pág. 73. Retrato del príncipe Alejandro de Hesse, comandante del 8.º cuerpo del ejército federal.

Número 9. Pág. 73. Prisioneros austriacos conducidos por hulanos prusianos después de la batalla de Turnan.

Número 10. Páginas 72.—VENECIA.—Aspecto del canal de Rezonico el día en que se recibió el despacho imperial anunciando la cesión del Véneto.

Número 11. Pág. 72 y 73. La escuadrilla austriaca oponiéndose al movimiento de los voluntarios italianos sobre el lago de Garda.

Número 12. Páginas 72 y 73. Emboscada permanente, de cazadores imperiales y tirolese, en Torral, punto estratégico al norte del lago de Garda.

Número 13. Pág. 73. Voluntarios italianos atravesando el Val de Ledro (Lago de Garda).

Número 14. Pág. 76.—FRANCIA.—Residencia imperial de Villeneuve-l'Étang.—Ensayo de torpillas submarinas en presencia del emperador.

Número 15. Pág. 76. Visita de la emperatriz y el príncipe imperial á la Banca de Francia.—Recepción por el gobernador.

Número 16. Pág. 76. Visita á la imprenta de la Banca de Francia.—Impresión de los billetes.

Número 17. Pág. 77. Entrada del ejército de Hannover en Goettinga, el 17 de junio.

Número 18. Pág. 77.—ITALIA.—Panorama de las posiciones ocupadas por las tres divisiones del ejército italiano que tomaron parte en la batalla de Custoza.

Número 19. Pág. 80. El general en jefe austriaco Benedek, trabajando con su Estado Mayor.

Número 20. Pág. 80. El fusil de aguja cortado de manera que puede verse el mecanismo interior.

Número 21. Pág. 80. Exposición de Bellas Artes en París.—Una mañana de otoño en Cernay, cuadro por M. Guigon.

EL GLOBO ILUSTRADO.

LA GUERRA.—LA PAZ.

I.

¿Progresan la humanidad ó retrocede? Al mirar esos adelantos que tanto contribuyen al siberitismo de la vida, no hay duda que se nota el progreso, si bien solo debe considerarse con relación á la ignorancia y atraso de los pasados siglos, no al estado de cultura y esplendor de otros mas antiguos; porque á pesar de lo que deslumbran Londres, París y otras grandes capitales, no han llegado todavía á la magnificencia de aquella Babilonia de las cien puertas de bronce y jardines aéreos, ni á la aurea Menfis, ni á la monumental Palmira. ¿Y podrá asentarse por esto el retroceso de la humanidad? no; aun cuando á creerlo así se inclinan los que ven en este estado de perturbación moral y de casi constante lucha, renovadas las guerras y desastres de la Edad Media, su ignorancia, su barbarie.

Se hizo Roma conquistadora para dominar al

mundo, y cuando ya no tenía mas que conquistar, y cerró las puertas del templo de Jano, la paz enervó sus fuerzas, apagó la luz de sus inteligencias, prostituyó su virtud, manchó su honor, y desapareció hasta su nacionalidad.

¿Deberá condenarse por esto la paz? de ninguna manera. Pero sigamos sentando hechos.

II.

Es tan inherente la lucha á la especie humana como su existencia. La envidia, la ambición, la necesidad son los principales móviles del corazón humano, y desde Cain hasta nuestros días no han dejado de existir los mismos vicios y pasiones, como no ha dejado la humanidad de ser la misma contradiciendo el que la experiencia enseña. Si así fuera, debiera haberse ido mejorando progresivamente en cada siglo, y en este debíamos ser inmejorables ó poco menos. Yo creo que la humanidad sabe mas bien olvidar que aprender, pues, se la vé incurrir en los mismos errores que condena y cometer idénticas aberraciones. ¡Cuánto no se ha culpado á la Edad Media de bárbara! ¿Y quién, que estudie un poco lo que hoy pasa en el mundo, y aun solo en Europa, no verá muchos puntos de contacto con aquella época?

No criticamos, hacemos historia; y sin embargo, nunca se ha invocado mas la justicia, que es la verdadera fuente del derecho. Sus decisiones se encomiendan á las armas, y para que aquellas sean mas eficaces, se ve ahora que en cada nueva guerra, se ensaya un elemento destructor. En la de Italia el cañon rayado, en la actual de Alemania el fusil de aguja prusiano.

III.

La guerra es una gran calamidad, y sin embargo, parece llamada á despertar los espíritus, á poner en acción todas las inteligencias y á evidenciar la virilidad de los pueblos.

Aun cuando las consecuencias de la guerra resultasen benéficas á la humanidad, es á costa de las mayores desgracias, ó importará poco á los pueblos aniquilados, á la viuda desgraciada y á los huérfanos abandonados, el mejoramiento de otros á costa de su ruina. Y estas son inevitables, en las guerras: el conquistador, el guerrero marcha sobre montones de ceniza y lagos de sangres y aunque ciña su frente glorioso lauro, si en cada una de sus hojas está el nombre de una victoria en ese nombre están los de millares de víctimas. ¡Cuán cara es esa gloria y cuán triste un triunfo acompañado de tanto duelo, de tantas lágrimas que empañan su brillo, de tantos ayes que ahogan á los vitorios!

Las guerras europeas desde 1815 á 1864, han costado la vida, segun cálculos, á unos tres millones de hombres, sin comprender en esta cifra las personas muertas á causa de las epidemias que producen las guerras (1).

Si á esto añadimos los gastos, es aterrador el resultado. En la guerra de Crimea gastó la Francia 1,500.000.000 de francos; en la de Italia, de algunas semanas, 500.000.000, y los Estados-Unidos han gastado en la suya en cuatro

(1) La guerra de Oriente costó la vida á 511.000 hombres, de ellos murieron en el campo de batalla, ó á consecuencia de heridas 177.000 y por causa de enfermedades 331.500.

Dichas pérdidas se distribuyen del modo siguiente: rusos, 256.000; turcos, 98.000; franceses, 107.000; ingleses, 47.000; italianos, 2.600. La guerra del Cáucaso (de 1829 á 60) ha costado la vida á 330.000 hombres. La guerra de las Indias (1857 á 59), 196.000. La guerra turco-rusa (1828 á 29); 193.000. La insurrección polaca (1831), 190.000. La guerra civil en España (1833 á 40), 172.000. La independencia de Grecia (1821 á 29), 148.000. Todas las campañas de los fran-

años 15.000.000.000 de francos; casi cuatro veces el importe nominal de la deuda española. Y bien, con tantos hombres, en la flor de su edad todos y tantos millones, ¿qué de beneficios no podía haber recibido la humanidad?

Se comprende el deber de salvar la independencia nacional, y aun de emancipar la esclavitud pero con lo gastado, ó poco mas, se pudo haber conseguido pacíficamente este último objeto humanitario.

Si en los elementos constitutivos de la sociedad moderna, entra, como en todas, la riqueza; si no pueden prosperar los pueblos si no se alivian sus cargas, para desahogar y tener repletas las arcas del tesoro, porque habiendo riqueza pública la hay individual, pues abunda el trabajo y los medios de ganar, ¿qué prosperidad puede esperar un pueblo que agota su tesoro y sus recursos en pólvora y balas? Si lo que se ha gastado en tantas guerras, se hubiera empleado en aliviar las miserias públicas, en fomentar la instrucción, en mejorar la condición moral de las clases abyectas ó abandonadas, ¿de qué beneficios tan inmensos disfrutaría hoy la humanidad! ¿Qué fondos tan cuantiosos no podía haber reunidos para remediar todas las desgracias públicas, para aliviar todas las calamidades! Si la asociación con el trabajo y el dinero hacen imposibles, ¿cuántos se podrían haber hecho!

Sin duda que es mas fácil ser héroes de la guerra que de la paz; y debe hallarse mas cómodo conducir millares de hombres á matarse sin conocerse que procurar y hacer la felicidad de otros millares de ellos. Por eso hemos dicho y repetiremos que consideramos mas héroe al obrero que al conquistador: aquel construye, éste destruye; uno deja monumentos de grandeza; y el otro montones de ruinas, charcos de sangre humana, la viudez, la horfandad y la miseria!

IV.

En cambio, ¡qué magnífico cuadro presenta la paz! Honrada por los griegos y romanos como la diosa principal y mas grande, y enaltecida sobre todo su celebridad, la erigieron estos el templo más colosal que existió en Roma; cuyas ruinas, las más magníficas que hay hoy en la ciudad eterna, y una parte de la bóveda, sea admirar aun á pesar de su antigüedad, pues fué empezado por Agripina y concluido por Vespasiano. En este templo se reunían cuantos profesaban las bellas artes á dirimir sus contiendas, á fin de que, en presencia de la diosa de la paz no se pronunciasen palabras ofensivas ni ásperas. Representaban aquella deidad con un ramo de oliva, algunas veces con alas y un caduceo, y una serpiente á

ceses en Africa (1830 á 59), 146.000. La insurrección húngara, 142.000. La guerra de Italia, 129.874. Esta última cifra se descompone en las cantidades siguientes: muertos en el campo de batalla, ó á causa de heridas, 96.874; de diversas enfermedades, 33.000. De todos ellos eran austriacos 59.664, franceses 30.220, italianos 2.3610, napolitanos 14.016, soldados del Papa 2.370.

Las pérdidas totales de Europa, durante las guerras de 1792 y 1815, han sido de 5.530.000; lo cual arroja por término medio en cada uno de los veinte y tres años, unos 240.000 hombres.

La guerra de los siete años, (1756 á 63) costó la vida á 642.000 hombres. Término medio por año, 91.700.

La guerra de Oriente costó á Rusia 2.328.000.000 de francos; á Francia, 1.348.000.000; á Inglaterra, 1.320.000.000; á Turquía, 1.060.000.000; y al Austria por sus armamentos 470.000.000. Total 6.526.000.000. La guerra de Italia ha costado en dos meses y medio á las potencias comprometidas en ella, 1.485.000.000 de francos.

En la cifra total de los 2.772.000 soldados muertos desde 1815 hasta el día, no están comprendidas las pérdidas ocasionadas en los Estados Unidos, ni por las de China, España contra Marruecos, insurrecciones de 1848 y guerra de los ducados de Schleswig-Holstein, etc., etc.

los pies, y el cuerno de la Abundancia. En una medalla de Antonino Pio, tiene en una mano una rama de oliva, y quema con la izquierda cascos y corazas.

No pueden ser mas lisonjeros los emblemas de la paz. Pero no parece sino que al hombre hasta le causa el bien, y prefiere al reinado de la justicia y de la felicidad, el de la tiranía y la desgracia, porque nada hay mas tirano que la guerra.

Este estado es insostenible, las generaciones que se levantan y nos empujan para dejarles plaza, deben llamarse el nuevo mundo económico, y al empezar por economizar la sangre de sus hermanos acaben por cerrar para siempre las puertas del templo de Jano.

Si se camina á la fraternidad, ¿no es un sarcasmo quererla conseguir matando al prójimo del que ningun daño se ha recibido? Quédesse para las doctrinas irracionales y fanáticas llevar la convicción en la punta de la espada, como Mahoma en la del alfanje; las grandes verdades como la de nuestra religion se abren paso con la palabra: no empleó otra arma Jesucristo. Con la palabra persuadía, con el ejemplo convenía; y si tenía en su favor la revelación, Dios manda al hombre la paz en la tierra de buena voluntad.

¿De qué sirve ese afán de todos para hacer frente á la penuria de los pueblos, ese esmero en allegar recursos para mejorar su condicion moral y material abriendo caminos y canales, construyendo hospitales y escuelas; si por una palabra mal entendida, una bastarda ambicion no satisfecha ó una vanidad de amor propio, se promueve una guerra sangrienta y los tesoros reunidos para hacer la ventura de un pueblo, se emplean en destruir centenares de ellos?

Se estasia el alma al contemplar lo que sería la sociedad actual, si al afán de la guerra sucediera el afán de la paz. Será casual, pero ¿por qué no había de personificar nuestra época lo que está sucediendo en París, que en el Campo de Marte se está levantando el templo de la Union y la Concordia, el palacio mas colosal que han tenido jamás las ciencias, las artes y las letras. ¿Por qué no había de ser Napoleon el héroe de la paz, para ser mas grande que lo fué el gran guerrero de su nombre? Comprendemos la impotencia á veces de la voluntad humana, pero quien ya ha acreditado valor, quien posee cultivado talento, sabe pensar, obedece á las nobles inspiraciones de su corazon, se guía por los razonados cálculos de la mente, y tiene sobre todo la fortuna del éxito, ese hombre posee en sus manos los destinos de la humanidad.

Cuando dentro de un año se ostente empavesado el palacio de la Exposicion, encerrando millones de bellezas científicas, artísticas é industriales, productos todos de la paz, ninguno de la guerra, ¿qué remordimiento no deberán sentir los que hayan perturbado la tranquilidad de las naciones impidiendo los adelantos de tanto útil y bueno! Si á pesar de la perturbacion que en todas partes reina, vamos caminando de adelante en adelante, ¿cuánto habríamos caminado con una paz sólida, duradera, que diera á los espíritus productores la tranquilidad que necesitan?

Si antes de formar decisiones que satisfacen el amor propio, se pensara en la pobre humanidad, algo mas ganaría ésta.

Vemos, sin embargo, con satisfaccion que si no todo lo que debieran, van cundiendo estas ideas. Las letras, la ciencia, las artes, la industria, todo conduce á este anhelante deseo de los amantes del bien, de los que han suprimido las distancias, de los que hacen de un punto el mercado de todo el Universo. Hasta que por medio de la paz no se

proclame y se efectue esa fraternidad no se habrán cumplido los designios del Salvador del mundo.

ANTONIO PIRALA.

15.—Julio.—1866.

SOBRE EL ABUSO DE LAS NOTAS.

Mr. S. de Sancy señalaba como defecto muy comun en la actualidad el abuso que se hace de las notas, supuesto que muchos libros están tan mal ordenados, que casi puede decirse que carecen de toda composicion.

A este propósito: «Sucedé muchas veces que lo mas interesante se halla relegado al pié de la página, ó al fin del volumen entre las ilustraciones y documentos justificativos, y á su vez estos documentos é ilustraciones tienen por su parte sus notas y contranotas.

»¿Hay que llamar la atencion hácia alguna anecdota, cita ó frase ingeniosa? Pues póngasela en el testo en el lugar privilegiado, y en letras gruesas, y no se obligue al paciente, que lo es el lector, á tener que buscarla á lo último de la página ó al fin del tomo. Estas escursiones del lector de una parte á otra fatigan horriblemente, á lo cual contribuye el que, hallándose generalmente impresas las notas en caracteres mas pequeños, los ojos del lector sufren tanto como su atencion con estos cambios repentinos.»

Es una cosa extraña que procuremos á tanta costa una sabiduría laboriosa que nos fatiga, mientras que la verdadera se halla á nuestro lado y se rie de nosotros. La desconocemos porque es la de la naturaleza, la obra maestra de la razon y del génio, que está bajo nuestros ojos. DUCIS.

LA CUEVA DE LAS MARAVILLAS.

LEYENDA.

(Conclusion.)

III.

La noche estaba tempestuosa: súbitos relámpagos iluminaban de cuando en cuando los altos picos de la Sierra Mariola, y pavorosos truenos retumbaban en los profundos barrancos y en los solitarios valles.

La lluvia caía espesa, y formando torrentes, se precipitaba por entre las rocas con un ruido sordo y prolongado.

El cielo y la tierra parecían unidos para producir el terror y el espanto, y aquel horrible estrépito era como una maldicion lanzada por un ser invisible y potente que descargaba su furor sobre los mortales.

Pasaron las horas; poco á poco fué calmándose la tormenta, y en breve reinó en torno la tranquilidad mas profunda y la mas densa oscuridad.

Al corto rato resonó á lo lejos el galope de un caballo que fué acercándose y se detuvo al pié de la montaña, en un sitio rodeado de altos pinos, que distaba como unas dos leguas de Alcoy.

Se apeó un hombre, ató el caballo á un árbol y se dirigió á través de las negras rocas hácia lo alto de la sierra.

Aquel hombre era Diego, que, enterado por el contenido del pergamino, del sitio en que se hallaba la cueva del tesoro, iba en busca de ella.

Mas de dos horas fué subiéndolo por la áspera montaña, en distintas direcciones, y luego, encendiendo una linterna que llevaba sujeta á la cintura, continuó su penosa marcha, deteniéndose

se de tiempo en tiempo á examinar las asperezas que lo rodeaban, hasta que viendo al lado de una cueva, cuya entrada era muy angosta, una piedra en forma de media luna, se paró, seguro de que era la cueva misma que tan ávidamente iba buscando.

Con algun trabajo penetró en ella y casi arrastrándose fué adelantando hasta que se encontró en una caverna ancha, elevada y cuyo fondo se perdía en la oscuridad.

Miró Diego en derredor y se sentó sobre una piedra para descansar y recobrar nuevas fuerzas. Así permaneció unos momentos pensativo.

Oíase en el fondo de la cueva como un ruido sordo de voces que hablaban bajo, de suspiros prolongados, de risas sofocadas, de pasos ya lejanos, ya próximos, de sollozos reprimidos, y por intervalos veíanse pasar, á la débil luz de la linterna, como una sombras extrañas y trémulas que producían un rumor confuso é inesplicable.

La imaginacion de Diego, tan preocupada con el secreto que el jefe moro le había confiado, y agitada con la idea de que Isabel se hallaba cerca, estaba por demás sobrescitada para no conmoverse profundamente al menor choque, y no impresionarse en un lugar donde reinaban el terror y el espanto.

Aquel ruido extraño causado sin duda por el agua que iba filtrándose en diferentes sitios por entre las peñas, y aquellas sombras que proyectaban las estalactitas á la trémula claridad de la linterna, ó que formaban las aves nocturnas revoloteando con sordo estrépito en la caverna, produjeron impresion profunda en el intranquilo espíritu del cazador, que perdió poco á poco toda la serenidad, experimentando en su interior un cambio repentino.

Llegó el momento terrible en que Diego tuvo miedo y tembló de espanto.

Con los ojos fijos en el fondo de la cueva, sin deliberada intencion, volvió el pensamiento á lo pasado y fué lentamente recordando toda su vida hasta el presente.

Y pensó en Isabel, y la vió tal cual era, hermosa pero altiva y sin piedad, porque le había robado la quietud, siendo la causa de cuantos males había padecido.

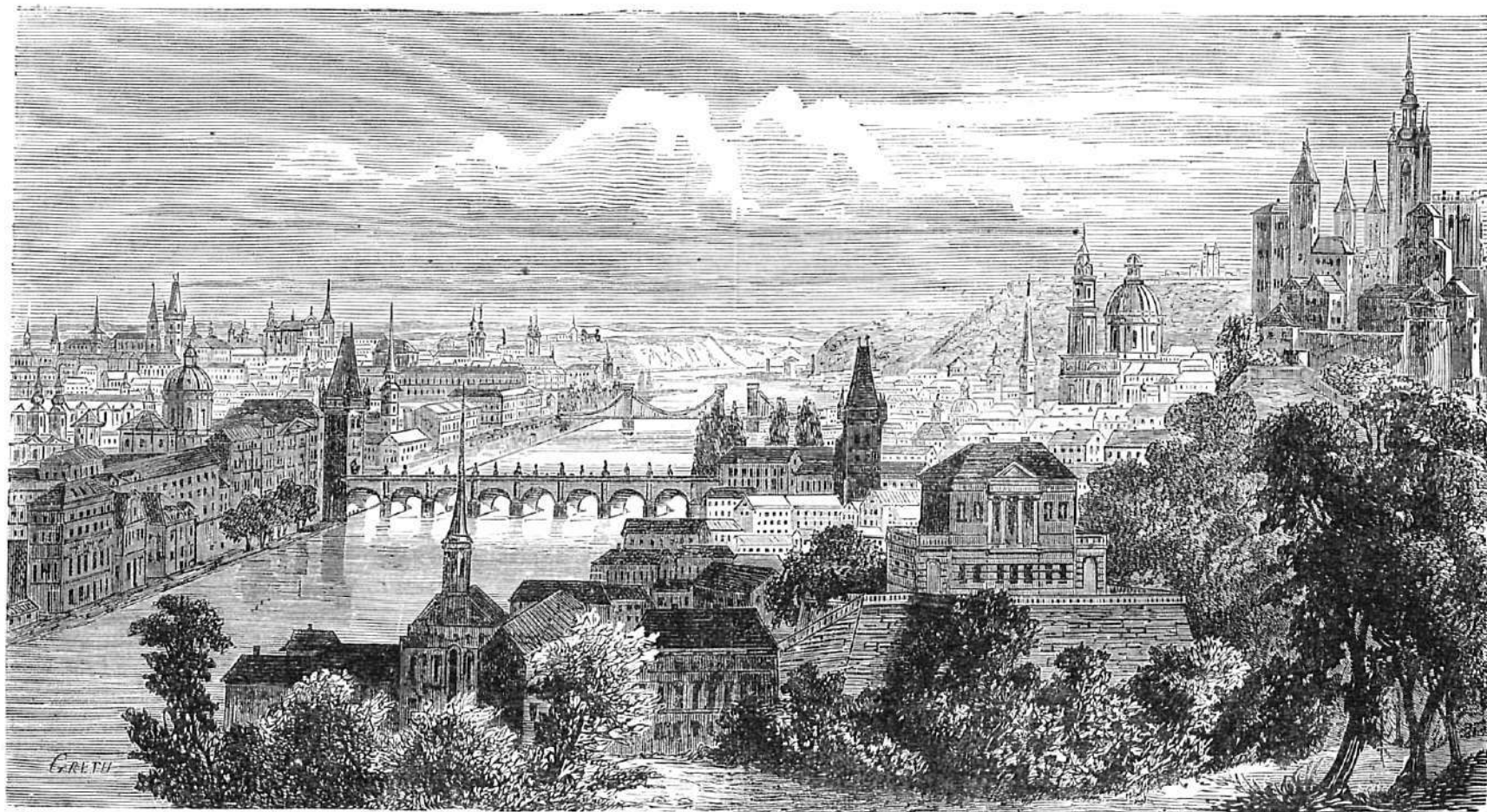
Y de pronto se le apareció su pobre madre que con los ojos escaldados por el llanto, el rostro pálido y descajado, cubierto el cuerpo de harapos miserables, y apoyada en el brazo de su desconsolada hija, iba lentamente de puerta en puerta mendigando un pedazo de pan.

Y entonces Diego se levantó maquinalmente, y al mirar en derredor, creyó que las piedras que mudas le rodeaban se movían, que tomaban formas humanas, gritándole de pronto: ¡mira á tu madre, hijo sin entrañas! Y volvieron á flotar las sombras por la caverna; resonó con mas fuerza aquel ruido extraño, y en desacorde acento, oyó Diego gritar de continuo: ¡mira á tu madre, hijo maldito!

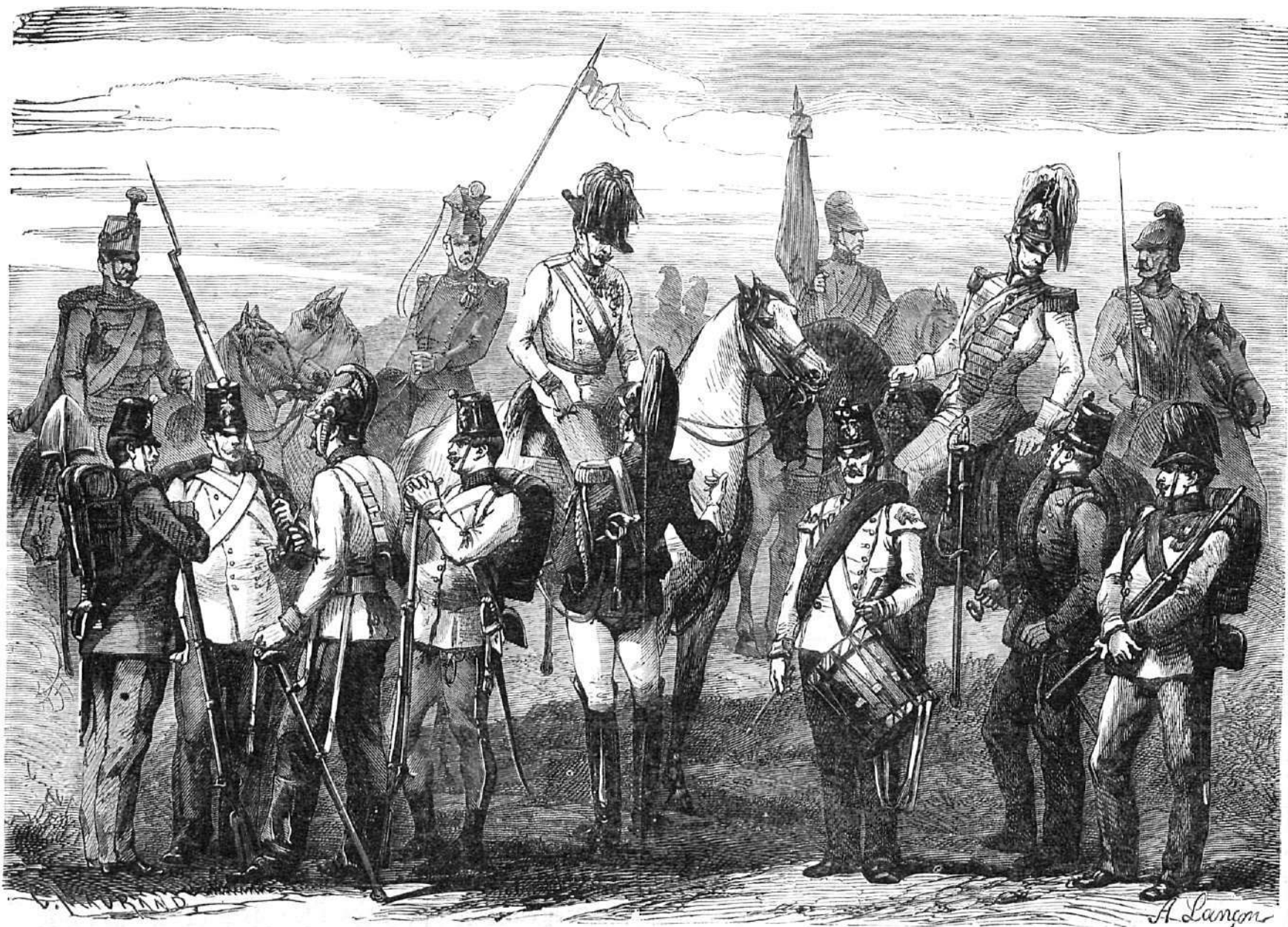
Se apoyó sin aliento contra una roca, llevó ambas manos al pecho donde sentía un dolor indecible, inclinó la cabeza que abrasaba un fuego intenso, reconcentrado, y así permaneció unos momentos inmóvil.

Continuaron las visiones flotando en torno del cazador, que las veía acercarse amenazadoras, acercarse cada vez mas, y, no pudiendo resistir ya tan violenta impresion y sucumbiendo bajo el peso de tan espantosas ideas, de terror tanto, lanzó un grito desgarrador, horrible, y precipitándose hácia la boca de la cueva, salió apresuradamente, y como perseguido por un fantasma horrendo, arrastrado por una fuerza irresistible, fué bajando velozmente á través de las peñas.

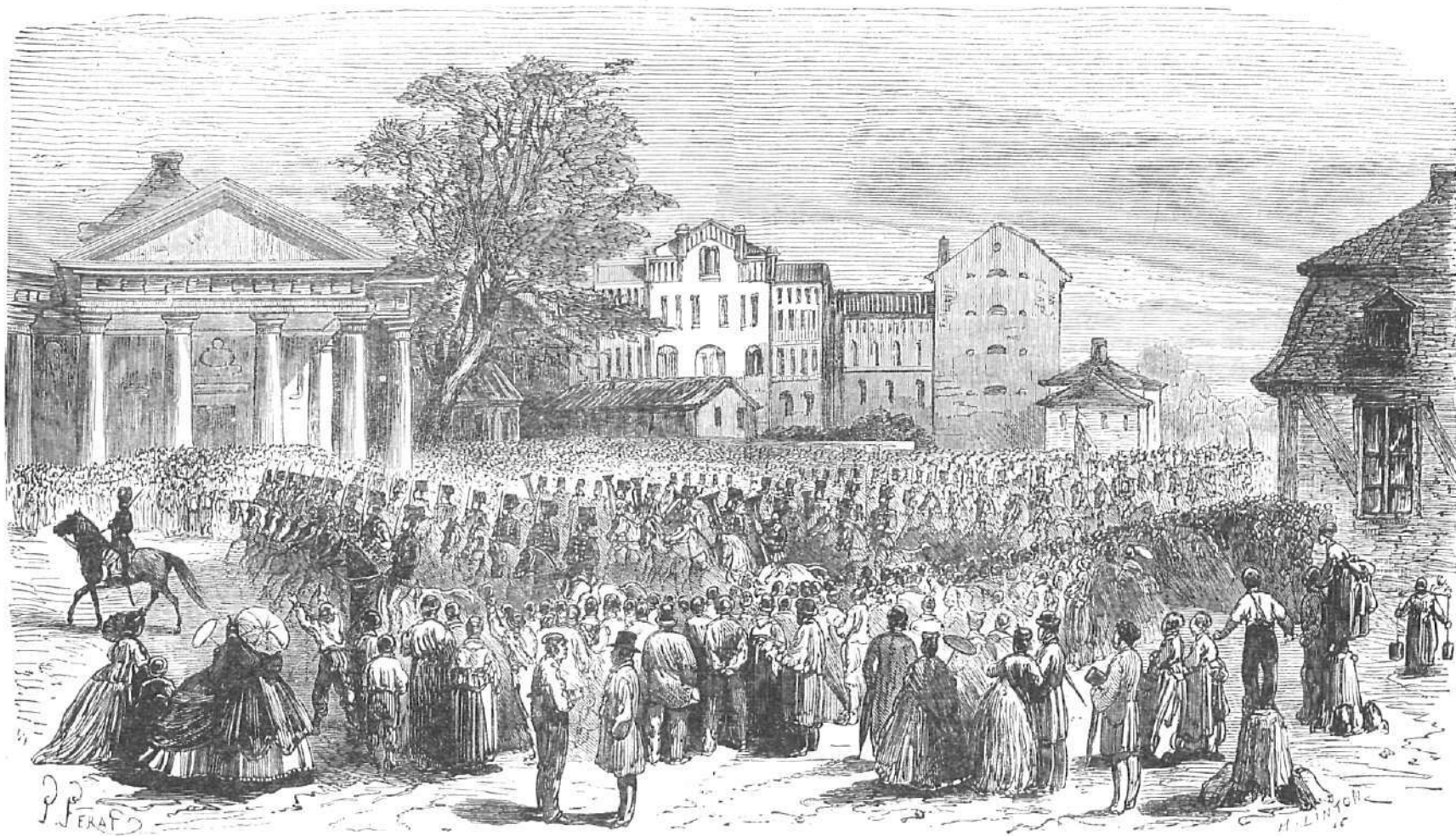
Y al llegar al pié de la montaña siguió corriendo en direccion á Alcoy.



2



3



Y el rostro desencajado, los ojos saliéndose de sus órbitas, el cabello erizado, hinchado el pecho que respiraba bronca y trabajosamente, cerradas las manos con tanta fuerza que las uñas penetraban en la carne, siguió desahoradamente y como huyendo del infierno mismo, en su violenta carrera; y rápidos pasaban los árboles, las malezas, los peñascos, desprendidos de la montaña, y Diego los creía espectros que le perseguían gritando: ¡hijo maldito!

Trascurrió mas de una hora; la primer claridad de la mañana iba iluminando campos y montes.

Diego, que por instinto corría hacia Alcoy, llegó á poca distancia de la villa, cuando al pasar por delante de una casa, á cuya puerta estaban parados tres hombres, oyó distintamente que uno gritaba:

—¡Es un asesino que huye; persigámosle!

En medio de su estravío, de su furiosa y repentina locura, oyó el Cazador resonar en su pecho sin aliento ya aquellas terribles palabras. Volvió maquinalmente la cabeza y vió correr á corta distancia tras él á los tres hombres.

El terror llegó al colmo. Diego, desalentado, convulso, devorado por un fuego interno que le abrasaba el corazón, cayó desplomado al suelo, retorciéndose en una convulsion horrible.

Se acercaron los hombres á él y le sujetaron.

Uno de ellos, mirándole fijamente algunos momentos, exclamó con sorpresa:

—¡Es Diego el Cazador!

Al oír su nombre, levantó Diego la cabeza, fijó sus espantados ojos en aquel hombre, y dijo con voz apagada y temblorosa:

—¡Mi madre!... ¡Quiero ver á mi madre!...

Y le faltó aliento para continuar: quiso pronunciar una palabra, pero su voz, al ahogarse, solamente produjo un sonido bronco y gutural.

Después de un momento de silencio, dijo uno de los hombres:

—Si has cometido algun crimen, confíesalo... ¿Tu madre?... ¿Quién sabe donde está tu pobre madre?... Desde que la has abandonado, se encuentra en la mayor miseria, sin casa, pidiendo una limosna de puerta en puerta, enferma y sin amparo... Isabel... ni ha querido esperar tus riquezas, ni en su altivez ha querido auxiliarte, y se ha casado con otro. ¡Tu madre!... Ella sufre lo que tu debieras sufrir!...

Diego se había incorporado insensiblemente hasta ponerse de rodillas, y había recogido una á una aquellas palabras con una avidez terrible, con una angustia silenciosa y penetrante.

Unos instantes permaneció mirando atentamente á aquel hombre, y escuchando sus palabras, cuyo eco, retumbando en su abrasada cabeza, iba á hacerla estallar.

Ya le faltaba el aliento, ya le faltaba la vida, y aun seguía inmóvil arrodillado y con los ojos fijos y espantados.

Hizo por fin un esfuerzo supremo, el último esfuerzo, y llevando la mano al pecho, sacó de entre su ajada ropa un pergamino, y tendiéndolo al hombre que había pronunciado aquellas palabras, dijo con acento entrecortado y apenas perceptible:

—¡Madre... perdon!... ¡Dadle esto... perdon!...

Y oprimiéndose la frente con las trémulas manos cayó al suelo sin vida.

El castigo de Dios había llegado al corazón del hijo ingrato, que abandonó sin piedad á su anciana madre.

A las pocas horas se había divulgado por Alcoy la llegada y la muerte milagrosa de Diego el Cazador.

Noticioso el señor de Alcoy del suceso, llamó á su presencia á la madre y á la hermana del

amante de Isabel, quienes desconsoladas le contaron cuanto sabían y le entregaron el pergamino que Diego había dejado.

Enternecido el noble señor, dispuso que fuera gente de su servidumbre á la cueva, y que la registraran toda hasta ver si cuanto el pergamino decía era verdad.

En efecto, no se tardó mucho en encontrar el tesoro, del que había hablado el jefe árabe al Cazador, y el que en piedras preciosas y menudas tenía un valor grande.

El señor de Alcoy, conocido por su justicia y su virtud, entregó todo el tesoro á la madre de Diego, que en medio de la riqueza, vivió todavía largos años en compañía de su virtuosa hija con la mayor humildad y siendo el amparo de los pobres.

Ella y su hija vivieron tranquilas, pero la alegría no volvió á reinar en sus corazones; el triste recuerdo del desventurado Diego no pudo borrar-se jamás.

Todos los días iban ambas á rezar sobre la tumba del desdichado amante, y la pobre madre, regándola con sus abundantes lágrimas, todos los días pedía á Dios que concediera el perdón al alma de su hijo.

En Alcoy se habló largo tiempo de un suceso tan extraordinario, y desde entonces se dió al sitio donde se encontró el tesoro, el nombre de *La Cueva de las Maravillas*.

Isabel, que se había casado con un hombre orgulloso como ella, murió al poco tiempo sin haber disfrutado la felicidad y la quietud del alma.

Dios es grande, incomprensible, infinito, así en sus castigos como en sus recompensas: premia temprano ó tarde la virtud, la humanidad, la resignación: castiga siempre, á veces de una manera sobrenatural, el orgullo, la altivez, la inconstancia, y nunca otorga su perdón al hijo que abandona á su desvalida madre.

Dios es grande y justo: Dios no desampara al que vive resignado con su suerte.

AUGUSTO FERRAN.

UNA NOCHE DE MASCARAS EN 1834.

ESTRACTO SACADO DE LAS CONFESIONES DE UN CONTEMPORANEO ARREPENTIDO.

Serian las ocho de una mañana de febrero, cuando fui despertado de improviso por la voz estentórea del consecuente amigo don Pascual Rompegalas, que usando de la franqueza que le daban en la casa su edad (pues ya era sujeto entrado en años) y antiguas relaciones de familia, había llegado hasta mi propio lecho á interrumpir el dulce sueño en que me hallaba sumergido.

—Vamos, hombre, gritaba con unas voces que hicieron saltar bufando al gato que dormía sobre una silla inmediata; arriba y despacha pronto, que esta noche vienes de máscara.

Acompañaba sus desentonadas razones dándome tales meneos y sacudidas que antes de hallarme en el uso completo de mis facultades intelectuales, conocí guiado por el instinto de la propia conservación, lo mucho que aventuraba no cediendo pronto ante la poderosa voluntad de aquel obstinado enemigo de mi reposo.

Así fué que incorporándome ligero apoyado en el brazo izquierdo, sin cuidarme de cubrir la desnudez académica en que me hallaba, merced á las bruscas insinuaciones del enérgico Rompegalas, y mas asombrado que lo estuvo Antenor cuando vinieron á notificarle la entrada de los griegos en

Troya, exclamaba frotándose los ojos con la mano que pude conservar libre, y sin saber casi lo que decía:

—¿De máscaras? ¿eh? Bueno, bueno, me alegro mucho.

—Sí, hombre, sí, continuaba don Pascual; anda vivo ¡caramba! no creía yo fueses tan perezoso. ¡Vaya una horita de levantarse! Como viviese tu padre, que Dios haya, ya te enseñaría con una vara á tener mas diligencia. ¡Arriba, digo, holgazan! proseguía tratando de arrebatarse la poca ropa que me restaba, defendida por mí de la mejor manera posible. ¿No conoces que tienes mucho que hacer y entre una cosa y otra llegará la hora sin hallarte dispuesto?

Fué preciso ceder. Vista la decisión del señor Rompegalas, tuve que resignarme, para evitar mayores males, á saltar de la cama y recoger los vestidos á presencia del improvisado despertador, tratando al mismo tiempo de tomar informes acerca de la fiesta prometida, que sea dicho en verdad, no me desagradaba en manera alguna.

—¿Con que adonde iremos esta noche?

—Te voy á manifestar el plan. Empezaremos por casa de los señores Rubiales, plazuela de Aflijidos: desde allí marcharemos al café Nuevo, para el cual he tomado una suscripción; no cuesta menos de 10 reales cada billete, algo carillo es, pero tiene fama de ser lo mejor en Madrid; y como bueno es verlo todo, á la salida hemos de cruzar al baile de Perona antes de dirigirnos á la calle de la Ballesta, reunión de doña Micaela Sardesca, terminando por la sociedad del Tumulto, plaza del Alamillo. Y con esto adios, hasta el anoecer, que nos reuniremos en casa.

—Espere vd., don Pascual, y tomaremos chocolate juntos.

—¡Para esperar estoy, cuando tendré que mandar recado á la oficina con objeto de que me disimulen la falta de asistencia, pues de lo contrario me será imposible confeccionar el traje!

—¿De qué va vd. á ir vestido?

—A la romana; como la estatua de Teodosio del patio de Palacio. Por cierto que voy ahora mismo á examinarla en varios detalles que no recuerdo bien. Tú podrás disfrazarte de moro; aunque dudo que tengas maña para disponer las cosas enaj es debido. Lo mejor es que vayas temprano á casa y entre todos te arreglaremos en un periquete. Ya lo sabe tu madre y no pondrá inconveniente, estando advertida que vienes con nosotros.

—Muy bien, don Pascual; gracias: acudiré con exactitud; póngame á los pies de las señoras y hasta luego.

Me faltaba tiempo apenas vi aproximarse la hora de la cita, para coger debajo del brazo un gran lio de ropa, en el cual había reunido cuantas cosas juzgué á propósito para mejorar mi disfraz y trasladarme á casa de don Pascual, donde á la manera de tenderete robado, todo se hallaba en desórden, muy á placer de mi amigo, que se gozaba en aquel revoltorio, solo comprendido por él, pues á su esposa y á la bella Paquita, su hija, solo las permitía funcionar como auxiliares.

Acababa de llevar á término el extraordinario conjunto á que daba el nombre de traje romano. La coraza y casco de carton, forrados de papel plateado, se enjugaban cercanos al brasero, de la mucha humedad á que había tenido que someterlos el constructor á fin de darles forma conveniente. Mas allá un tonelete amarillo, arreglado de un vestido de la señora y adornado de infinitas cintas de todos matices, flotantes de la cintura, lucía estendido en el respaldo de una silla á la inmediación de unos pantalones de punto que hacían juego con unos manguitos de lo mismo, teñidos unos y otros de fuerte color de rosa. Si á esto añadimos las suelas de unos zapatos pintadas de encarnado, provistas de un rico galon de oro para sujetarlas á

la pierna ¿qué tendremos que oponer á la pretension del señor Rompegalas de ataviarse á la manera de Rómulo y César? Nada seguramente; pues estos personajes, aun mas que otro ninguno, hubieran negado toda comunidad de vestimenta con quien á no dudarlo estaba tan magníficamente es-
trafalarío, aun antes de terminar su tocador.

Héle por último completo, sin que otra cosa faltase sino encerrarse dentro del cajon de papel engrudado á que daba el nombre de coraza, y á la sazón ¡oh fragilidad de las humanas alegrías! advirtió el buen don Pascual que la parte inferior era mas estrecha que sus hombros y no habia medio de hacerla pasar adelante. Entonces fué cuando empezaron á escucharse dentro del malhadado escondrijo juramentos y votos cavernosos á causa de tener el arrebatado amigo la cabeza metida dentro del armatoste, que sostenia con los brazos levantados pateando al mismo tiempo con furor y agitando en el aire su tonelete y colgajos de colores de la manera mas provocativa y vistosa hasta el punto de no poder contener la risa cuantos presenciábamos aquellos desordenados movimientos. Afortunadamente era doña Soledad mujer de recursos infinitos y acudió á calmar la excitacion de su marido, proponiendo abrir por los costados la inocente causa de tal disgusto cosiéndola unas cintas con que pudiera sujetarse luego. Encontrada la invencion á propósito se puso en práctica de seguida, y cuando vió don Pascual aumentada la visualidad de su ornamento con tres lazos azules á cada lado, cambiando en regocijo la pasada irritacion, decia henchido de vanidad:

—¿Sabes, mujer, que casi me gusta ahora mas que antes?

—¡Ya lo creo! contestaba la buena esposa; como que son unos lazos nuevecitos de raso. Ello algunos dias carecerán las almohadas de ese requisito, ipero como ha de ser! en Carnaval no se estrañan estas faltas.

—¿Qué duda tiene? anadia su marido, tampoco los balcones tendrán cortinillas, por haberse necesitado para tu traje de vestal: yo no reparo en nada cuando se trata de hacer una cosa buena. Y ahora, de prisita, que se viene la noche encima; vamos pronto á componer á este muchacho, que parece muerto de envidia al verme. No te apures, hombre, que tú tambien vas á quedar como no te imaginas.

Así fué de verdad, pues jamás pude figurarme la transformacion que obraron conmigo.

Empezaron por arreglarme unos pantalones, gracias á las enaguas mas tálares de doña Soledad, dividiéndolas con una costura por el centro y frunciéndolas á la garganta del pié, merced á unas cuantas varas de cinta blanca.

—¡Caramba! exclamó don Pascual, se me olvidó encargarte trajeses las zapatillas verdes que llevas por casa, pues las mías van á venirte grandes y será menester rellenar con lana lo que sobre.

—Ya he tenido cuidado de traerlas, contesté, ahí han de estar en ese lio.

—Con efecto, eres un buen mozo; pónelas y sigamos adelante.

Prosiguióse la tarea cinéndome á la cintura un pañuelo de cuadros en vez de faja: presentóme don Pascual cierto chaleco asturiano de grana con botones afiligranados, que hacia tiempo conservaba como prenda curiosa, al que siguió un abigarrado marsellé de calesero y un gorro griego rodeado profusamente de una tela de colores vivos sembrada de lentejuelas de plata, colocada en forma que ostentase gran volumen, pues, segun aprendí entonces, la cantidad entraba por mucho en aquella circunstancia, así como la media luna de hoja de lata, indispensable ornamento para que nadie pusiese en duda el carácter musulman de que me hallaba revestido. Pero todo parecia poco y quedaba como eclipsado bajo la soberbia

capa que doña Soledad, con un desprendimiento sin ejemplo, habia dispuesto para mí. Estaban formados sus airosos pliegues nada menos que con una magnífica colcha de indiana azul, sembrada de figuras encarnadas, representando la historia de Robinson. Yo mismo al verla tan esplendente, rehusaba ponérmela, no creyéndome digno de tanta prodigalidad. Cedió por fin, asegurándola al cuello con un tirador de campanilla que descolgaron para el caso, y me juzgué con esto convertido en un verdadero Maleck-Adel, y aun no sé si me hubiera dignado admitirle por rival. Alguno estrañará menos tales anacronismos cuando sepa que por aquel tiempo justamente, se representaba á Otelo, general de las galeras venecianas, con una vestimenta que ni moros ni cristianos han pensado jamás en llevar; y siempre desgraciado este celoso amante, aun hace poco apareció en las tablas acondicionado con poca mas propiedad que entonces.

Del adorno de las señoras nada tengo que reprochar. Doña Soledad, aunque algo madura para ser tenida por una sacerdotisa del fuego, ofrecia regular aspecto envuelta en sus amplias muselinas, y la niña, adornada por los atractivos juveniles que todo lo embellecen, llevaba el traje de valenciana con sumo donaire y gracia.

Habilitados para la marcha, dió don Pascual una vuelta alrededor de nosotros, con objeto de ver si todo estaba en punto, y satisfecho de su exámen, me dijo al paso que se dirigia hácia la puerta:

—Déjate aquí la capa y sombrero, pues no habiendo guarda-ropa, casi en ningún baile, tendríamos necesidad de confiar al criado las prendas de abrigo para que aguardase nuestra salida en la escalera, donde si acaso le encontráramos seria dormido y sin saber el paradero de cuanto se le encomendó.

Adoptado el consejo empezamos á recorrer los sitios convenidos, observando en todos ellos el mismo carácter, en mayor ó menor escala, que presentaban por entonces las diversiones de su clase. Inmensa concurrencia de personas diferentes en edad y condicion, sin quedar una que no estuviese disfrazada, con mas ó menos gusto, ni dejase de tomar parte en el regocijo comun, á despecho de los años ó de las obligaciones de su estado. Porque aun no habia invadido los lugares consagrados á la locura ese perjudicial empeño con que parece nos hemos propuesto deshojar una por una las bellas flores del corazon, afectando mirar con desprecio cuanto no se ajuste en el estrecho molde de nuestra lóbrega y avinagrada filosofia, que levantando bandera contra todo lo que sea franco esparcimiento, ha dado sin pensarlo el golpe de muerte á los festejos de Momo. Ha llegado el trastorno de las ideas hasta el punto de motejar en términos nada convenientes á los que se presentan con traje en los salones de máscaras. ¡Contrasentido peregrino! Como antes de ser fraile he sido cocinero, repnebo desde luego la costumbre de solazarse con el rostro cubierto; pero el que asiste á una reunion donde la careta impera, ¿qué razon tiene para estrañar si encuentra gentes con disfraces? Si calcula rebajada su dignidad con tales mojigangas, vuélvalas resueltamente la espalda, no las dé pábulo con su presencia, y compadezca la locura de unos cuantos que solo por algun tiempo visten el distintivo de maniacos que debiera adornarles todo el año.

La brillante armadura de mi amigo produjo su efecto en uno de los bailes que recorrimos. Acertó un chusco á poner el dedo sobre la reciente coraza y advirtiéndome su blandura, apretó hasta taladrar su espesor. Hizo fortuna la ocurrencia, y deseando algunos otros de genio alegre seguir la broma comenzada, en un momento la pusieron á manera de criba, muy á despecho del propietario, que se

apresuró á dejar aquel sitio para concluir la noche en la sociedad del Tumulto.

Hacia poco nos hallábamos en ella, cuando un confuso ruido de voces y amenazas interrumpió la diversion, obligándonos á correr en busca de la salida con objeto de ponernos en la calle lo mas pronto posible. Pero antes de conseguirlo averiguamos la causa de tanto bullicio.

Queriendo demostrar ideas especiales de buen tono y arreglado esmero, habian establecido allí guarda-ropa, y llegando cierto quidam á reclamar su sombrero, diéronle otro tan raído, grasiento y abollado, que mirándole mohino exclamó devolviéndole mas que á paso:

—Toma con mil diablos esta horrible chistera, y busca mi sombrero nuevo que te dije guardaras aparte.

—¡Vaya un señor delicado! contestó el dependiente sorprendido por la exigencia; ¡á buena hora viene con esas! Sepa vd. que á las once ya se habian concluido todos los nuevos.

Replicó el perjudicado, se le contestó con malas frases, y de ahí nació la cuestion que nos hizo emprender la retirada antes de tiempo.

Y con esto, lector amigo, concluyo la reseña ligerísima que presento, para que formes juicio aproximado de cuál era en Madrid la índole de los bailes de máscara hace treinta y dos años.

DIONISIO CHAULIÉ.

VENECIA Y EL ADRIÁTICO.

En el fondo del Adriático, en las lagunas del Pó y del Adige, subiendo por el Oriente al Cuadrilatero y á los caminos que conducen al Tyrol, se halla Venecia, la metrópoli del Adriático.

De aquella playa estéril, de aquellos vastos pantanos sembrados de islotes llanos, se lanzaron en la Edad Media las galeras de una república que llegó á ser la Cartago cristiana. Tomó aquella sus mercenarios en Iliria y en Dalmacia, como Cartago los tomaba en Numidia, tuvo su aristocracia comerciante como la ciudad africana, y como ella se encumbró rápidamente y conquistó imperios, habiendo en 1204 tomado á Constantinopla.

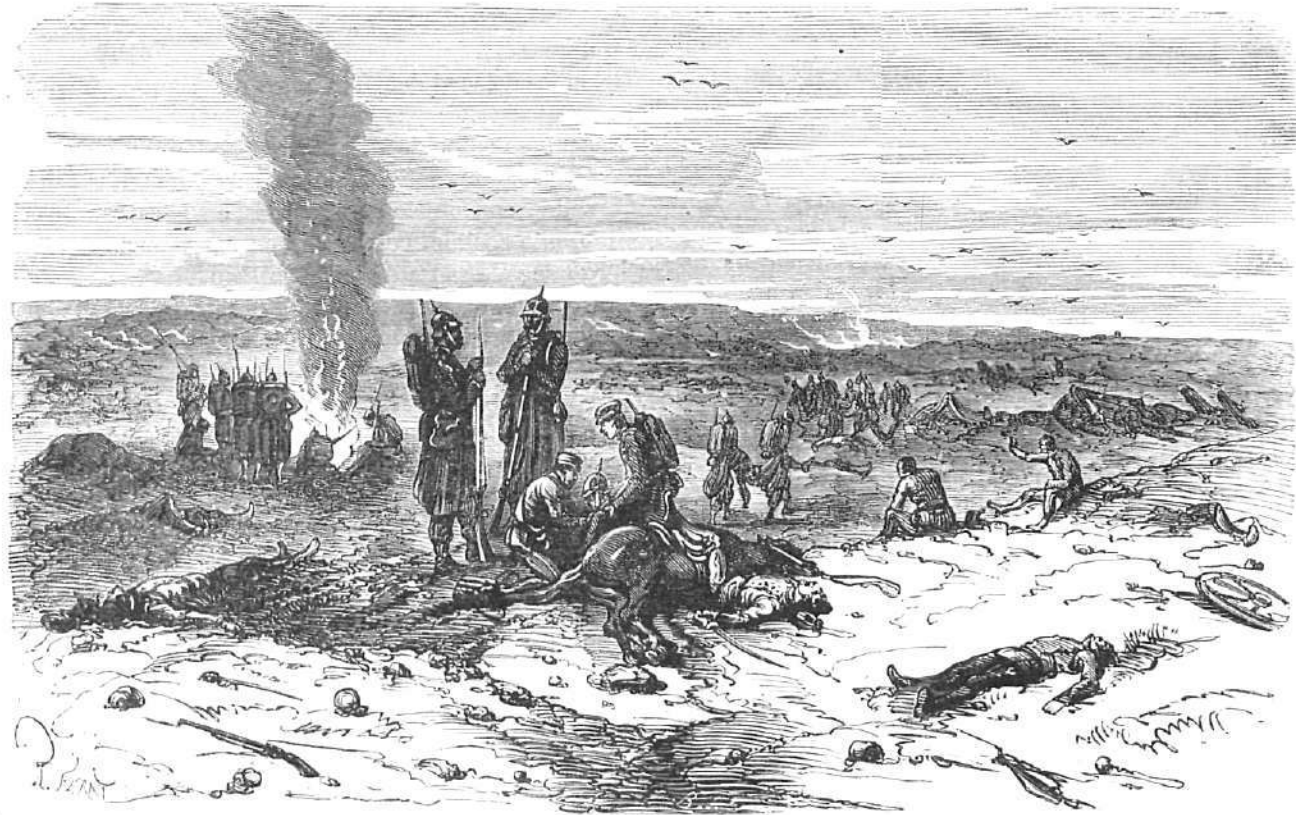
Aferrada á todas las costas, del Adriático al Bósforo, del Bósforo al Cáncaso, nómada y guerrera, llegó á tener en sus manos el comercio de la India.

Así arraigada, teniendo en pos de sí al genio italiano y delante las riquezas del Oriente, enclavada en las islas del archipiélago griego, guardiana de los Alpes contra los alemanes, triunfante á la par de Génova, vencida y humillada, la república de los Marco Polo y de los Foscari, pudo hacer frente á las tres grandes celebridades de la Edad Media, á Barbaroja, á Mahoma y á Carlos VIII.

Mas llegó un dia en que dos hombres, dos pobres marinos, genovés el uno y portugués el otro arruinaron todo ese poder.

Cristóval Colon descubrió el Nuevo Mundo; Vasco de Gama abrió otra nueva via hácia las Indias. No le quedó á Venecia mas que el imperio del Adriático, su arte, su industria y el recuerdo de su gran pasado. Desde aquel dia la república de Venecia, que era una gran potencia asiática, hubiera debido resolverse á ser destronada, y convertirse como Génova, en un miembro de la patria comun, de la patria italiana.

Los turcos le arrancaron el Archipiélago y el oriente del Mediterráneo, cuyo seno occidental pertenecia á España, á Génova y á Marsella. La larga série de maravillosas prosperidades, se tornó para ella en otra série de desgracias inau-



6



7



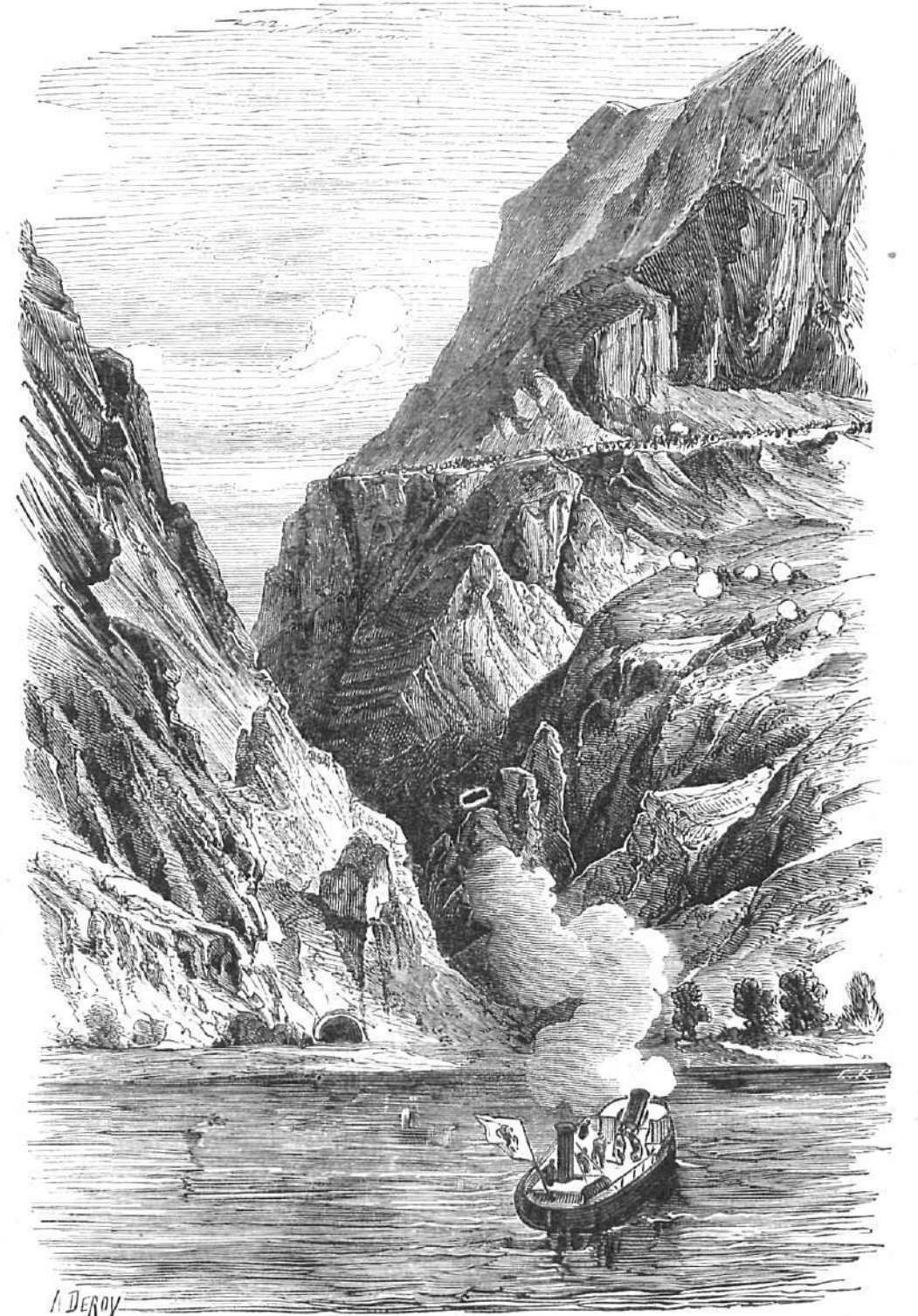
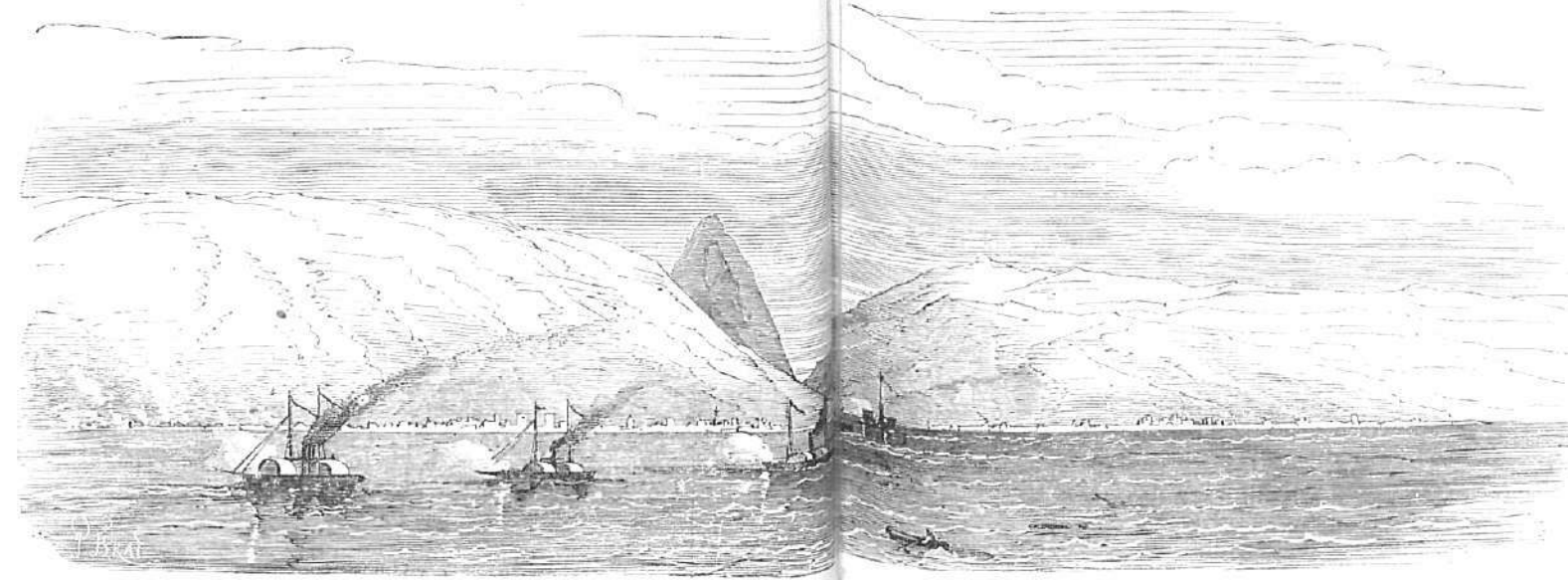
8



9



10



11

ditas. Tal es la suerte de los grandes imperios marítimos que se asemejan á una cabeza sin cuerpo; cuando se le ha arrebatado todo cuanto poseía, se acaba por apoderarse de esa cabeza misma. Bonaparte la ofreció á los austriacos, dueños de la Iliria, que se guardaron de rehusar esta llave del Adriático.

Esa caprichosa Austria, que posee el valle eslavico del Danubio, y por su anchurosa corriente podia desembocar en el Mar Negro; esa Austria que con pueblos eslavos habia formado un imperio alemán, se apoderó entonces de pueblos latinos para abrirse paso hácia un mar italiano.

Una vez dueña de Venecia, la armó hasta los dientes; Venecia vino á ser el reducto del cuadrilátero, con Peschiera, Verona y Mantua por baluartes, el Pó y el Adige por fosos y el Tirol por estribo.

«¿No veis, dice Mr. Edmundo Favre, autor de un libro que trata del poder militar del Austria, no veis salir de las lagunas los campanarios y cúpulas de esa capital del Véneto, que el Austria ha hecho inconquistable? ¿No veis esos fuertes de Brondelo, de Chioggia, de Malamocco y del Lido, que tendria primeramente que forzar una flota; esos angostos y poco profundos canales cuyas ballas están quitadas y cuyo paso puede cerrarse con buques echados á pique; esos bajos varan los navíos; ese fuerte de Malghera, que ya dió el ejemplo de tan noble y prolongada resistencia? De todo eso es preciso apoderarse antes de lograr el desembarco de un ejército.»

Al ceder á Venecia, Austria renuncia al Adriático. Hoy no hay pueblo grande posible sin que tenga salida al mar. Italia, cuando esté horadado el monte Cenís, cuando el puerto de Brindis se haya abierto para Egipto, cuando Venecia abrigue en sus arsenales una flota que pueda hacerse temible, será en el Mediterráneo potencia marítima. ¿En qué mar podrá el Austria hacerse paso?

R.

LA GUERRA EUROPEA.

APUNTES BIOGRAFICOS ACERCA DEL REY DE PRUSIA.

Hoy que la atencion europea está fija en la disidencia armada que existe entre el Austria y la Prusia, auxiliada por el rey de Italia, no estará de más que hagamos algunas indicaciones interesantes acerca del personaje que hasta ahora está simbolizando el triunfo de las armas. Creemos que nuestros lectores habrán comprendido que nos referimos á Federico Guillermo, actual rey de Prusia.

Federico Guillermo nació el 22 de marzo de 1797. Era hijo segundo del rey Federico Guillermo III. Su hermano murió sin sucesion, y Guillermo ocupó su trono segun las leyes vigentes en Prusia.

Federico Guillermo recibió una educacion puramente militar. Entre sus profesores hubo algunos filósofos racionalistas, á los cuales nunca pudo comprender. Tuvo tambien no pocos directores, que pertenecian á las mas fanáticas sectas del protestantismo, y siempre los oyó con gusto. Federico Guillermo, que es naturalmente opuesto á la filosofia, y á todo lo que exija meditacion y estudio, es por el contrario, muy inclinado al misticismo. Las sectas espiritistas llaman toda su atencion; cree á puño cerrado en todo lo que se dice acerca de las mesas giratorias, de la evocacion de los espíritus, y todas las demás supercherías del moderno espiritismo.

Sin embargo, en lo que mas se distingue Fe-

derico Guillermo, lo que forma, por decirlo así, su carácter, es su inclinacion á la civilizacion feudal. Esto parece una paradoja, y es, no obstante, una gran verdad. El partido que hoy predomina en Prusia no es el racionalista, es solo el de los antiguos caballeros, que tan célebres se hicieron por sus estravagancias y su ambicion en la Edad Media.

La política de Mr. Bismarck no tiene mas principio que la gloria, ni mas medio que el triunfo, ni mas fin que el enaltecimiento, y este, realizado de una manera caballeresca. Federico Guillermo no puede comprender las ventajas de una sociedad en la cual los grandes señores se hallan al nivel de los mas desconocidos paisanos.

La aristocracia antigua, con todas sus desigualdades y todo su esplendor, es el bello ideal de la corte de Berlin. Una gran nacion que se somete ciegamente á la voluntad del monarca, y un gran número de señores feudales, llenos de poder y de riquezas, que, cual corte privilegiada, reconocen el trono, es todo lo que quiere Federico Guillermo. Por esto en Prusia no puede decirse que hoy predomine ni el régimen exclusivamente monárquico, ni la forma exclusivamente liberal; allí no hay mas que un monarca deseoso de adquirir gloria, y una aristocracia ávida de restaurar la grandeza de sus antepasados.

Federico Guillermo, para lograr la satisfaccion de sus extraños deseos, se ha colocado siempre en la posicion que le ha parecido mas conveniente á su fin. En 1848 parodió á la revolucion por repulsion instintiva al sufragio universal, se declaró enemigo público y hasta rencoroso de las fracciones triunfantes en Alemania, y se puso al frente del partido menos liberal y mas retrógrado. Hizo guerra abierta á las Cortes progresistas de aquel tiempo; fué elegido diputado, y no quiso ni aun tomar asiento en una de las asambleas.

Sin embargo, tomó parte en otra, y lo hizo únicamente para mostrar su aversion á los sistemas de gobierno fundados en la voluntad popular.

Federico Guillermo, que no es católico, cree, no obstante, en el derecho divino, y cree de una manera, por cierto bastante rara. Para él el derecho divino, como para Enrique-VIII, es un poder de raza, transmitido con la sangre, sin que nadie pueda destruirlo. Federico Guillermo considera el poder como propiedad de castas, del propio modo que se consideraba en lo antiguo y aun se considera hoy en la India. Este es el punto de vista bajo el cual es preciso considerar la actitud presente del gobierno prusiano.

Federico Guillermo, siendo príncipe real, y aun hoy, siendo ya rey, segun dicen sus biografías, no solo es francmason, sino que preside todas las herejías de la francmasonería prusiana. Su empeño consiste en dirigir la francmasonería en favor de Prusia y contra el Austria, en favor del protestantismo y contra el catolicismo, y hasta en favor del feudalismo contra la revolucion. Mr. Bismarck piensa en esto del mismo modo que su soberano.

En 1849 peleó Federico Guillermo al frente del ejército de Prusia contra las huestes revolucionarias. Hasta con placer recibió el mando de un ejército encargado de dispersar el llamado Congreso alemán y establecer el imperio de la ley en la Confederacion germánica. Por esto en 1848 y 1849 era tan profundamente odiado el príncipe Guillermo por toda la demagogia europea.

En 1854, el príncipe Federico Guillermo trabajaba sin cesar cerca del rey su hermano para inclinarle á tomar parte en la guerra de Crimea contra Inglaterra y Francia y en favor de Rusia. Por aquel tiempo se creia, y no sin razon, que el gran apoyo de la política rusa en Berlin era el príncipe heredero del trono.

En 1857, el rey Federico Guillermo IV, cayó enfermo de suma gravedad, y le fué de todo punto imposible continuar al frente de los negocios públicos. Con este motivo su hermano se encargó primero interinamente del poder, y mas tarde, continuando la enfermedad del rey, con fecha 7 de octubre de 1858, fué declarado regente en propiedad.

Se creyó que la política del regente iba á ser política de alianza con Austria, Rusia y la Confederacion germánica. Así al menos se manifestaba en aquella época. El primer ministro de Federico Guillermo IV, Nautenfeld, que pasaba por adicto á las potencias occidentales, perdió la gracia del regente y se vió obligado á abandonar su cartera. El ministro que le sucedió, en sus primeros actos dió muestras de querer reconciliarse únicamente con Austria, é inspirar confianza á Alemania y granjearse el afecto de Rusia. Poco despues varió por completo su política.

En 1859, el actual rey Federico Guillermo, hizo todo lo posible para no disgustar á las potencias occidentales, ni servir á Rusia y Alemania. En la cuestion entre Austria y Francia guardó una neutralidad tan útil para Austria como sospechosa para Francia. Parecia que se preparaba á tomar parte en favor de Austria, y con esto obligaba á Napoleon III á distraer sus fuerzas, manteniendo un grueso ejército en las fronteras del Rhin. En cambio no favorecia á Austria, porque su auxilio, si siempre se estaba prometiendo, nunca acababa de llegar. No parecia sino que la corte de Berlin tenia el firme propósito de alentar á los combatientes para que la guerra se prolongase, y ambos se despedazaran.

Prusia, que teme á Francia por la parte del Rhin, no hubiera visto con malos ojos la ruina del ejército bonapartista. En cambio, tambien desea contrarrestar la influencia de Austria en Alemania, y por lo mismo no le hubiera desagradado mucho que el Austria hubiese sufrido grandes reveses en Venecia ó Lombardía. Se ha dicho y con razon, que desde 1859 se abriga en la corte de Berlin el propósito de dominar en la Confederacion germánica, librándose de Francia por medio de Austria, y de Austria por medio de Francia. Si esto es exacto, no puede negarse que la política de Federico Guillermo es idéntica á la de Maquiavelo. Nosotros, en este punto, nos limitamos únicamente á esponer los hechos.

El actual rey de Prusia ha procurado siempre conservar una especie de equilibrio, bastante arraigado por cierto, entre las cortes de París y Viena. En 1860 celebró una conferencia muy amistosa con el emperador Napoleon. En esto parecia como que buscaba la alianza de Francia. Poco despues celebró una conferencia en Alemania con los emperadores de Rusia y de Viena. Con esto indicaba como que queria restaurar la Santa Alianza.

En 1863 celebró en Gastein otra conferencia con el emperador de Austria, en la cual ambos soberanos se retiraron dándose mútuas pruebas de amistad y confianza. De aquella conferencia brotó la alianza que concluyó mas tarde por arrancar á Dinamarca los ducados del Elba, no obstante la oposicion de Francia y las protestas de la Gran Bretaña.

Sin embargo, Federico Guillermo varió completamente de política. En 1864 empezó á estrechar de nuevo sus relaciones con las Tullerías. En octubre de 1865, su primer ministro, el conde de Bismarck, celebró muchas conferencias con Napoleon III en Biarritz. De estas conferencias resultó, segun se cree, la alianza con el Piamonte para la guerra que hoy mismo están haciendo los ejércitos de Italia y Prusia á Austria. Estos hechos están en la memoria de todo el mundo; solo necesitamos decir que Federico Guillermo se ha puesto

al frente de su ejército para continuar la campaña contra Austria y la Confederación germánica.

L. R.

¡DIOS TE SALVE, MARIA!

(PARÁFRASIS.)

*¡Dios te salve, María,
Faro de bendición que en las tormentas
De esta región umbría
La triste noche ahuyentas,
La pura fe del corazón alientas!*

*Eres llena de gracia,
Oh azucena sin par, cuyos olores,
Con divina eficacia
Calmando mis dolores,
Me inflaman en purísimos amores.*

*El Señor es contigo
Que antes que fueras escogió tu seno
Como piadoso abrigo,
Como jardín ameno
De peregrinas perfecciones lleno.*

*Sin fin tú eres bendita
De la angélica hueste venturosa
Que en el empíreo habita,
Por ser Madre gloriosa
Del Verbo que en amor por ti rebosa.*

*Eniste entre las mujeres
Lirio lleno de aroma el más preciado,
Porque tú, Virgen, eres
Cáliz inmaculado
Que ni aun el nombre supo del pecado.*

*Y bendito es el fruto
Que al mundo has dado para dicha nuestra:
El de aciago tributo,
En humana palestra
Nos redimió con poderosa diestra.*

*De tu vientre divino
Salió Jesús, cual corderillo tierno
Que humilde y manso vino,
Y en holocausto eterno
Logró abatir el trono del infierno.*

*Vuelve, Santa María,
Esos tus ojos, de piedad tesoro:
Consuela el alma mía:
Tu protección imploro
Y en mis pesares á tu planta lloro.*

*El Sumo Padre te hizo
Madre de Dios, de aquel que en un madero
Por todos satisfizo;
Y yo que de amor muero,
Yo también cual á Madre te venero.*

*Oh! por nosotros ruega,
Y á este destierro tu piedad convierte,
Mientras el hora llega
De que podamos verte
Triunfantes de Luzbel y de la muerte.*

*Impuros pecadores
Somos ante tu luz, estrella pura;
Mas tus limpios fulgores
La perdida hermosura
Devolverán al alma en su clausura.*

*Ahora y en la hora
De nuestra muerte tu piedad bendiga
Al misero que llora;
Y por tu amor consiga
La esperanza cumplir que firme abriga.*

*Consuelo de afligidos,
Con tu bondad el corazón recrea
Que alza á ti sus gemidos...
¡Plegue á Dios que así sea
Y en ti mi fe su mediadora vea!*

ANTONIO ARNAO.

ENSAYO DE TORPILLAS SUBMARINAS

EN LA RESIDENCIA IMPERIAL DE VILLENEUVE-L'ETANG.

ACTUALIDAD.

El martes 12 de junio, S. M. el emperador de los franceses acompañado del general de Goyon y de dos oficiales de su casa, se dirigió á pesar del mal tiempo á la residencia imperial de Villeneuve-l'Étang, para asistir á una serie de ensayos respecto al empleo de torpillas submarinas, construidas según las ideas del célebre hidrógrafo el capitán Maury.

El señor ministro de marina, Mr. Dupuy de Lome, director del material, así como algunos oficiales de marina, de artillería de marina é ingenieros marítimos, salieron de antemano al lugar de los experimentos.

Después de muchas explosiones que tenían por objeto demostrar la eficacia de los medios empleados para inflamar la pólvora debajo del agua, se procedió al ensayo propiamente dicho.

A eso de las seis, un pequeño bote tirado por una cuerda salió del canal que cerca la isla y se adelantó para atravesar el estanque. En el momento en que pasaba por la torpilla la mina submarina inflamada por la electricidad verificó su explosión, levantando una ola de agua de cerca de 60 metros de altura, entre la que se veían volar los restos de la pequeña embarcación. Algunos momentos después fué hecha pedazos otra barca de la misma manera.

Figúrese el lector, en vez de una barca ó de un bote, un buque de alto bordo que haya costado ocho millones y que vaya montado por mil hombres de tripulación, y tendrá una idea de los efectos desastrosos de esta nueva invención, que desde ahora ocupará un lugar importante en las guerras marítimas.

L. R.

VISITA DE S. M. LA EMPERATRIZ

Y DE S. A. EL PRÍNCIPE IMPERIAL

AL BANCO DE FRANCIA.

El sábado 23 de junio S. M. la emperatriz y S. A. el príncipe imperial visitaron el Banco de Francia. El conde de Germiny, gobernador honorario del Banco, Mr. Fould, ministro de Hacienda, Mr. de Brissac, caballerizo y dos damas de honor acompañaban á S. M. El príncipe imperial había llevado consigo á su joven compañero el hijo del doctor Conneau.

Mr. Rouland, gobernador general, Mrs. Andouille y Cuvier, subgobernadores, Mr. Marsaud, secretario general, Mr. Chazal, gerente, los quince regentes y los tres censores recibieron á S. M. la emperatriz á su llegada.

La visita comenzó por la sala de los mozos de ingresos. Estos, como lo indica nuestro grabado número 15, se presentaron con el uniforme de trabajo. Cada uno se situó á la puerta de su respectiva oficina, formando calle para el tránsito de la comitiva. Muchos empleados particulares del establecimiento fueron presentados á S. M., á los cuales dirigió la régia señora frases muy benévolas.

Recorrieron la caja especial de los títulos, en donde se hallan depositados cerca de millon y me-

dio de valores moviliarios, que representan una gran parte de la fortuna pública.

El momento mas interesante de la visita ha sido aquel en que S. M. pasó por la imprenta. Ejecutaron en su presencia una tirada de toda clase de billetes. Mr. Hermel, director de este taller, dió á la emperatriz y al joven príncipe una explicación muy detallada de esta minuciosa y difícil fabricación. El príncipe imperial, que revelaba su interés en esta operación, hablaba con su joven amigo Conneau y manifestaba su gusto especial en hacer que tomara parte en esta interesante lección. Todas las máquinas de la imprenta estaban en movimiento, lo mismo que las prensas á mano como las máquinas á vapor. Cada operario ocupaba su puesto, con su traje ordinario de trabajo. Solamente de esta manera inspira curiosidad é interés la visita de un establecimiento de esta clase.

Cualquiera se sorprenderá que un taller de grande importancia y un número tan crecido de operarios se consagren exclusivamente á la elaboración de billetes de Banco. Todo se explica cuando se sepa que se fabrican en un día precisamente la misma cantidad que se inutiliza. Todo billete deteriorado que entra en las cajas, se pone inmediatamente fuera de servicio y se reemplaza con uno nuevo.

S. M. visitó en seguida la caja principal y los lingotes que contiene, la caja de hierro en que el Banco conserva los diamantes, las alhajas y todos los objetos preciosos que los particulares confían á su custodia.

La visita á los famosos sótanos fué muy rápida. Fuera parte de la sorpresa que puede experimentarse á la vista de las inmensas riquezas que contienen, predomina en este paraje una frescura un tanto alarmante, y se vuelven á ver con placer los benéficos rayos del sol.

S. M. Eugenia escuchó con gracioso interés las indicaciones que le hizo el secretario general Marsaud acerca de las pinturas y esculturas que adornan la galería Dorada. Esta sala es uno de los vestigios que subsisten todavía en el antiguo hotel. Sabemos que este monumento fué elevado en 1620 por el arquitecto Mauvrand para el duque de la Vriellere. La calle donde está situado el Banco lleva este último nombre. Este hotel le poseyeron después el duque de Tolosa y el duque de Penthièvre. Restaurado en 1811 por de Launoy, fué apropiado con arte á su destino actual. La emperatriz tuvo en su mano el plano de las construcciones en que se trabaja en la actualidad y que van á completar el conjunto, aislado por cuatro calles.

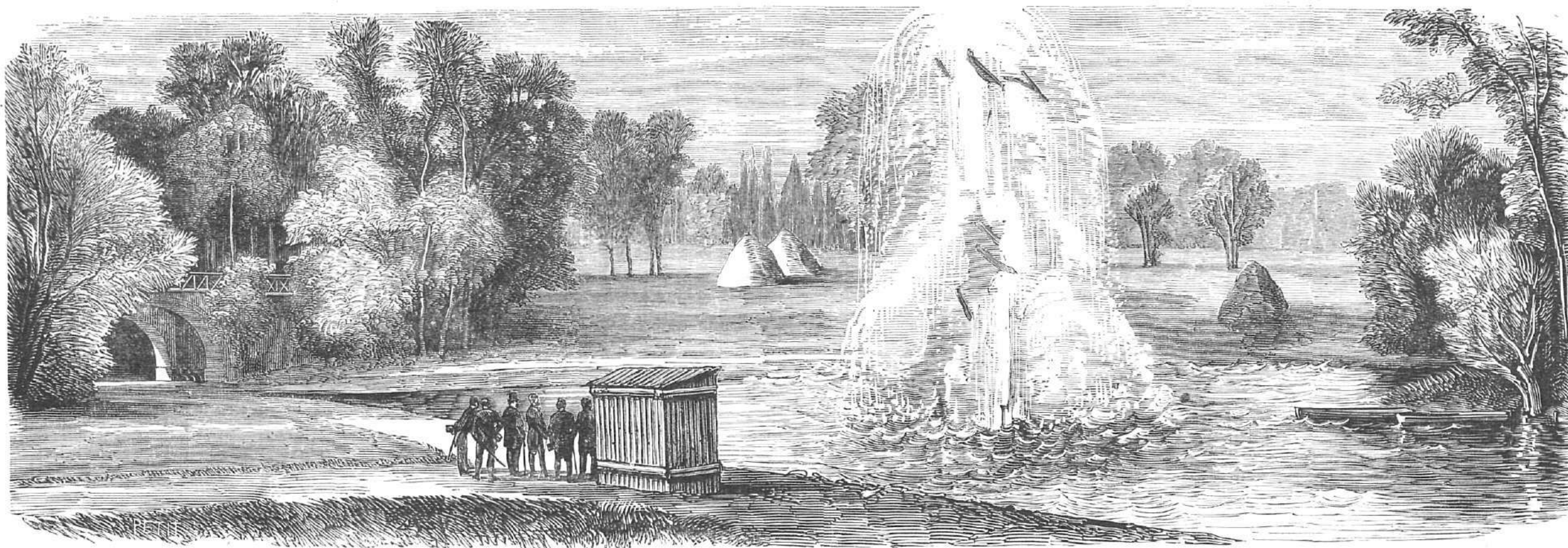
Una medalla de oro con la efigie de Napoleon I, de la que dicen que no existen mas que dos ejemplares, fué ofrecida á la augusta visitadora por el gobernador general en nombre de los miembros del Consejo. Esta maravilla numismática, con un valor intrínseco de 800 francos, tiene un doble mérito artístico é histórico.

Mr. Rouland dió las gracias por su visita á S. M. la emperatriz, la que dió la cruz de oficial de la legión de honor al conde de Pillet-Will, y la cruz de caballero á Mr. Mallet.

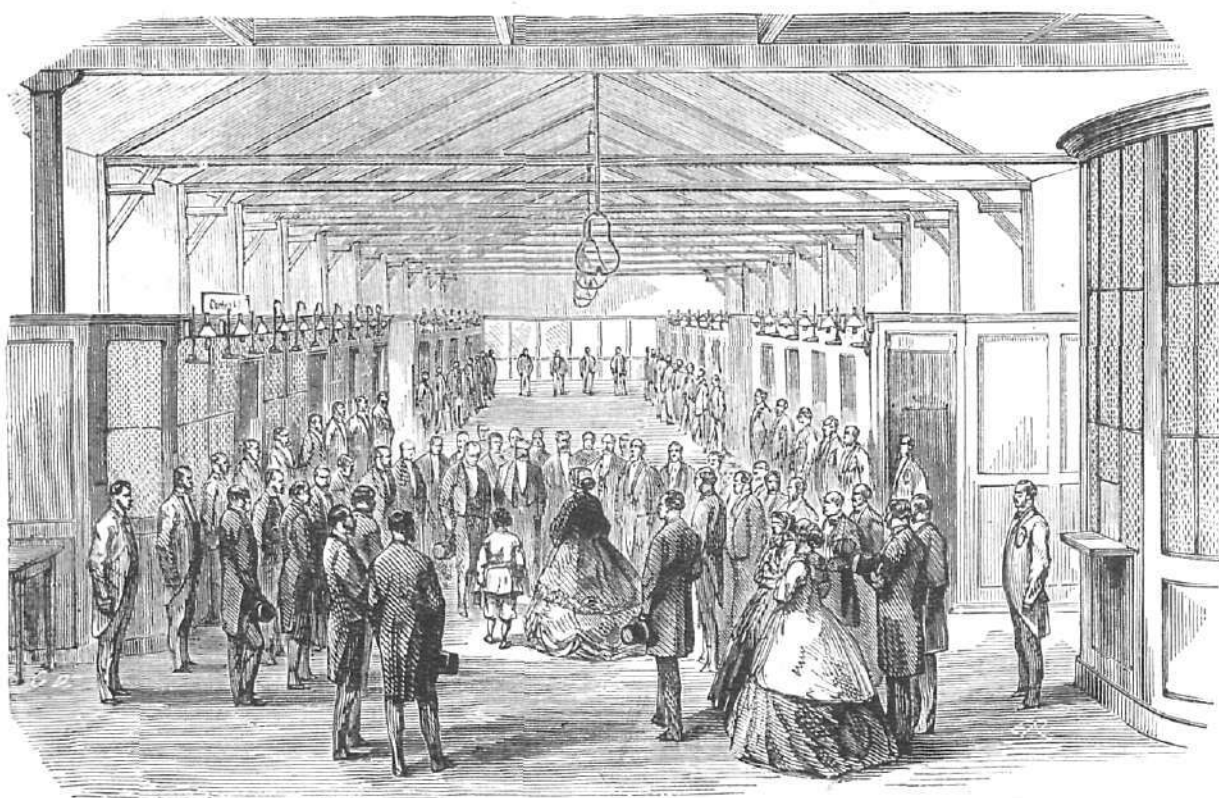
Después de una estancia de dos horas próximamente en el interior del Banco, S. M., llevando á su hijo de la mano, ha vuelto á subir al coche saludada y aclamada durante su tránsito por el inmenso personal y por el público, que no había cesado de circular por los patios del servicio.

En este momento se prepara para El GLOBO ILUSTRADO un trabajo acerca del Banco de Francia. Nos será permitido en este estudio entrar en mas pormenores respecto á este establecimiento tipo, é iniciará nuestros lectores en el mecanismo de esta grande y útil institución.

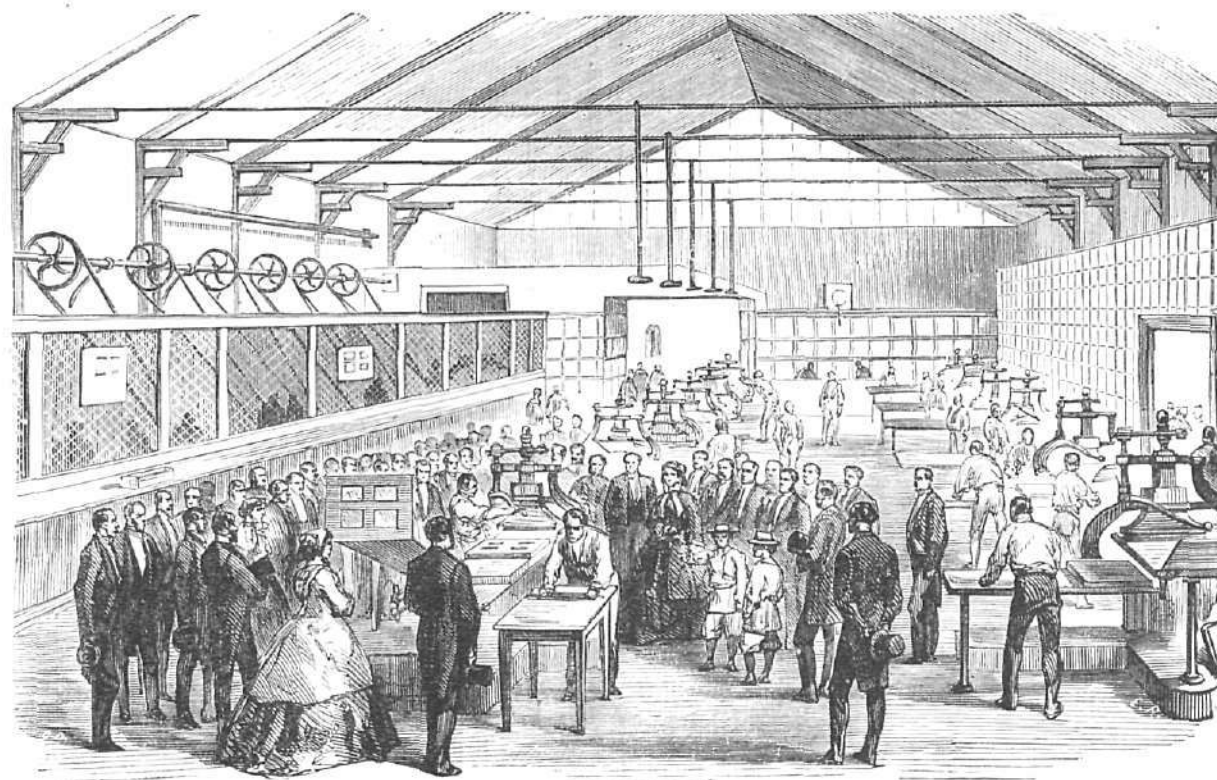
EMILIO BORDELINO.



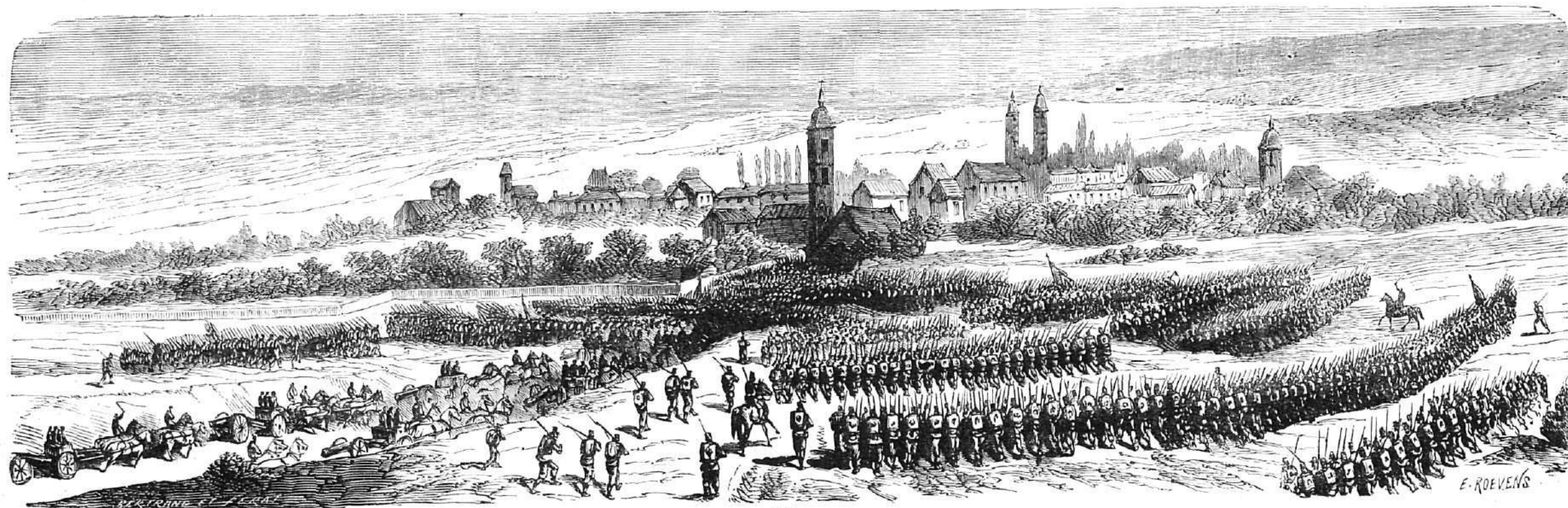
14



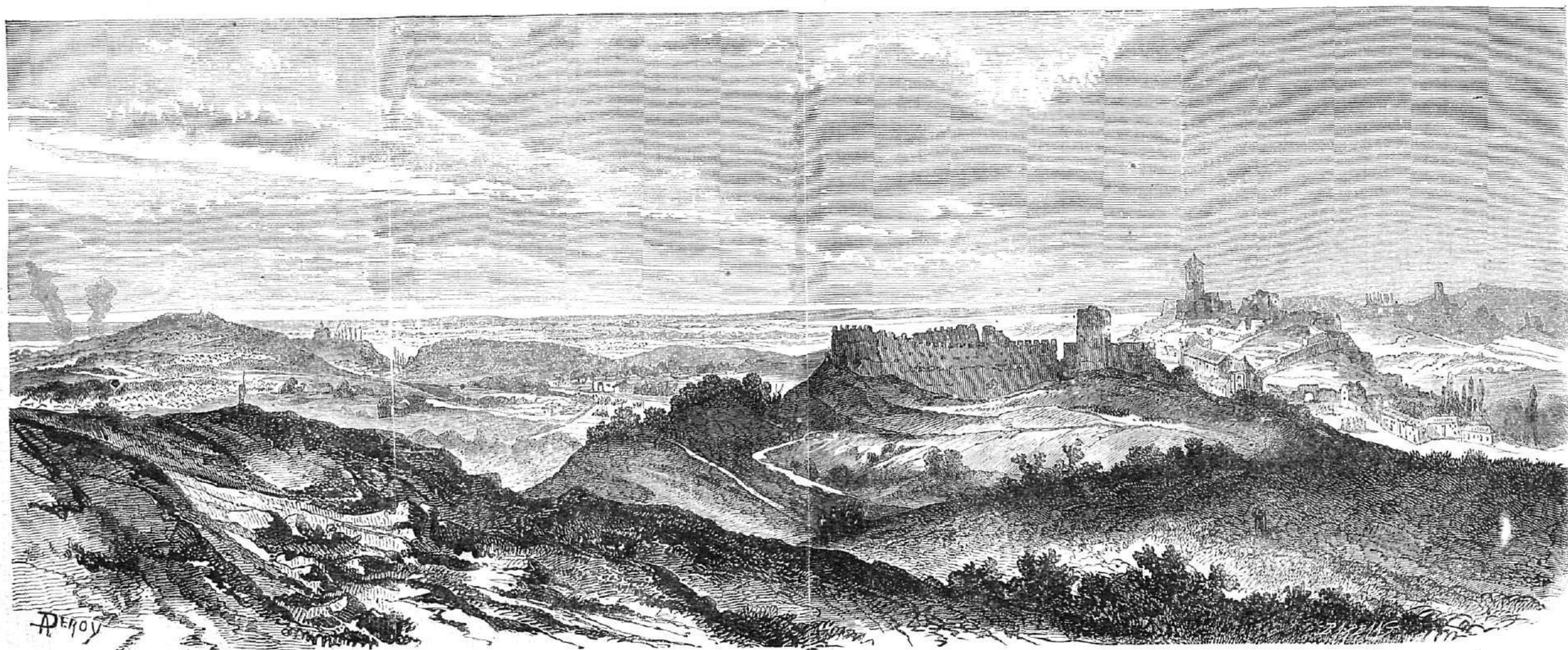
15



16



17



18

CRISTETA.

NOVELA ORIGINAL

POR DON I. A. BERMEJO.

(Continuación.)

VI.

Belgrano se detuvo un momento al verle hablando con Bathilde, pero despues se adelantó y le tocó suavemente en el hombro. Vedia se volvió y le dijo:

—¡Ah! ¿ya estás de vuelta?

Llevándose a un extremo de la sala le dijo por lo bajo:

—Una aventura deliciosa; una mujer encantadora.

Belgrano dijo á su amigo tambien por lo bajo:

—La barca está dispuesta para salir en este momento.

—¿Y tú, te quedas? preguntó tristemente Vedia. ¡Feliz mortal! Te dejo para que me reemplaces.

—¿Os alejais? preguntó Bathilde á Vedia al ver que se disponia á partir.

—Sí, señora, contestó Vedia.

Bathilde se aproximó á Dolowiske y le dijo con disimulo:

—Se va y con una carta.

—Es verdad, dijo Dolowiske, no lo habia observado.

Belgrano se fijó en Bathilde, y pasando á su lado dijo:

—Si no me equivoco, estas facciones tan distinguidas no me son desconocidas; me parece que yo he tenido el honor..... el placer de ver á esta señora.

—¿Cómo es eso? preguntó Vedia acercándose.

—Sí, sí, añadió Belgrano.

Dolowiske escuchaba esto con desagrado y se decia:

—¡Maldito encuentro! Este negocio se tuerce

Bathilde miraba á Belgrano y decia:

—Se me figura que no; ignoro en qué ocasion.....

—En una ocasion muy indiferente para vos, repuso Belgrano. Yo iba, hace algunos dias por una calle de Buenos-Aires, y muy preocupado; yo no apercibí en mi rápida carrera en un carro que se adelantaba hácia mí, cuando un grito de mujer me advirtió el peligro que me amenazaba. Yo levanté mis ojos para dar gracias á esta mujer protectora.....

—Ya, ya, ya, dijo Vedia; ¿esta es aquella bella desconocida de la cual me hablaste una noche? yo habia creído ser el primero en la fecha; yo que ya habia concebido ideas muy serias.....

—¿Qué bueno sois! respondió Bathilde sonriéndose.

—¿Qué locura! exclamó Belgrano. ¿Y habias pensado?.... ¿qué habias pensado?

—¿Yo? preguntó Vedia un tanto dudoso. Has de saber, amigo mio, que esta señora es norte-americana, y en este momento nosotros tenemos motivos para estimar en mucho todo lo que viene de esa region.

—¿Qué imprudencia! exclamaba entre dientes Belgrano queriéndose tragar con la vista á Vedia, el cual prosiguió:

—Nuestras modas, nuestros adornos, todo lo que viene de la América del Norte. Todos creen que somos una colonia española, ¡qué error! colonia norte-americana y nada mas, ¡carambita! ¡pues no faltaba otro deleite!

—¡Y no callará! murmuraba con impaciencia Belgrano mirando á su amigo con intencion.

Vedia comprendió lo que el gesto de su ami-

go Belgrano significaba, y acercándose á él le dijo por lo bajo:

—Veo que es mas difícil de lo que yo pensaba ser un poco prudente. Perdonadme; ya me voy; ya quedarás contento de mí.

Dirigiéndose despues á Dolowiske añadió:

—Me ausento por algunas horas, caballero; yo os mandaré la llave del aposento, que desde ahora está á vuestras órdenes.

—Acepto con mucha gratitud, respondió el bohemio haciendo una graciosa cortesía; voy á disponer lo necesario para cuando llegue ese caso.

Tomó el sombrero, empuñó el baston, y pasando por el lado de Bathilde la dijo en voz muy baja:

—Ya sabes lo que te he dicho.

—Perded cuidado, respondió la jóven en el mismo tono y con igual disimulo.

Dolowiske, volviéndose hácia Vedia le dijo:

—Capitan, cuando gusteis estoy á vuestra disposicion.

Vedia y Dolowiske se alejaron: Belgrano los siguió algun tiempo con la vista revelando su inquietud, mientras que Bathilde pensaba:

—Mucho creo que voy á trabajar; no importa; ensayemos.

Y apartando la silla del lado del balcon se sentó nuevamente, pero junto á un velador donde habia libros y algunos periódicos ingleses.

VII.

Belgrano se colocó al lado de Bathilde, á la que estuvo observando algunos momentos; despues cogió una silla y la puso á su lado, pero sin sentarse. Pasados algunos instantes de vacilacion dijo:

—Me considero muy dichoso, señora, pues la ausencia de mi amigo, y la de vuestro tío me proporcionan el gusto de acompañaros.

—Mil gracias, caballero, respondió Bathilde soltando el libro que tenia en la mano; pero voy á deciros una cosa.....

* Levantó los ojos y notó que Belgrano estaba de pié y que preocupado no la escuchaba. Con efecto, Belgrano tenia su mirada fija en el balcon, y mirando al rio tal vez pensaba: «Quiera Dios que no encuentre obstáculos: el rio está un poco alterado; he visto nubes en el horizonte, y si se levanta viento de tierra.....»

Porque esto sucedia, hemos pensado que este era el asunto que tenia á Belgrano tan preocupado.

—¡Caballero!.... ¡caballero! exclamó graciosamente Bathilde.

—¡Perdon, señora! repuso Belgrano; y se sentó al lado de la jóven.

—Mucho sentiria trastornar vuestros proyectos ó interrumpir vuestras meditaciones, dijo Bathilde, pero yo pensaba que es una fortuna que no os encontréis en este momento en las calles de Buenos-Aires, indudablemente hubiérais conocido un peligro análogo al que tuve la suerte de preservaros.

—Teneis muchísima razon, y no sé como justificar una distraccion que no tiene excusa, sobre todo encontrándome á vuestro lado.

—¿Por qué? Cuando se encuentra uno dominado por una idea.....

—De ninguna manera, interrumpió Belgrano. El objeto que me preocupaba no valia la pena.....

—¿Acaso el mismo del otro dia? dijo Bathilde sonriendo y jugueteando con los pliegues de su falda. Direis que soy muy curiosa, ¿no es verdad? Pero se me figura que he adquirido el derecho de preguntaros en lo que estáis pensando en este momento.

—¿En lo que yo..... pensaba? preguntó Belgrano un tanto confuso; despues de haberme separado de vos me seria fácil decirlo.

—¡Caballero!.... exclamó Bathilde poniéndose un poco grave.

Belgrano se apresuró á decir:

—¿Podré yo, señora, separarme de vos sin sentir?....

—¿Quién sabe? interrumpió Bathilde; tengo un servicio que pedir; y si no temiese ser indiscreta.....

—Hablad, señora; dijo Belgrano..... yo os prometo..... ¿De qué se trata?

Y acercando mas la silla hácia Bathilde como el que se interesa en escuchar, oyó de sus labios lo siguiente:

—Pues bien, señor mio, lo que tengo que deciros va indudablemente á sorprenderos, pues ha de pareceros extraordinario. Por eso mismo creo que es mucho mejor obrar en todo con franqueza, y confiaros el asunto. Yo conozco á una persona, á una señora, que quiere mucho á vuestro amigo, á ese jóven militar que acaba de salir de aquí; pero es inútil hablarle de ello, se creeria destinado á grandes aventuras, y como por el contrario, no se trata de otra cosa que de tomar informes acerca de su persona....

—Es decir, interrumpió Belgrano; ¿acaso se trata de un casamiento?

—No diré yo tanto, dijo Bathilde; pero se desea conocer á sus íntimos amigos.

—Yo soy uno de ellos.

—No basta; se quiere saber cual es la sociedad que cultiva; las casas que mas frecuenta.

Y Belgrano respondió:

—Frecuenta asiduamente las casas de don Cornelio Saavedra, la de Castelly, Ferrada...

—¡Qué nombres, Dios mio! exclamó la jóven con acento de admiracion. No será posible retenerlos en la memoria; si quisiérais tener la bondad de escribirlos.

—Con mucho gusto, repuso Belgrano mirando un precioso libro de memoria que Bathilde sacó de un bolsillo, y que puso en sus manos. Examinándole detenidamente decia:

—Es un precioso libro de memoria.

—Nada menos que eso, respondió Bathilde desdenosamente. Es mi diario de viaje.

—Debe contener cosas admirables.

—Poca cosa, algunas notas; algunas observaciones acerca de lo que me sucede; mi opinion acerca de las personas á quienes encuentro.

—Descaria poderle leer esta noche, dijo Belgrano devolviendo el libro despues de haber escrito los nombres antes mencionados.

—¿Qué ganaría yo en ello?

—Esa pregunta, señora, es poco lisonjera para mí.

—Volvamos á vuestro amigo, interrumpió Bathilde. Dicen que ayer llegó un poco tarde; su dama se inquieta. Hoy se encuentra secretamente en esta posada, á larga distancia de la ciudad; es necesario creer en otro vínculo, en alguna infidelidad..... Bien entendido, que si es por otro motivo nosotros no preguntamos nada, no queremos saber nada; á ese respecto estamos tranquilos.

Belgrano sonreía maliciosamente: despues de una breve pausa dijo:

—Permitidme que yo tambien os haga una observacion.

A mí precisamente es á quien vais á encontrar un poco indiscreto. ¿No sereis vos la persona misteriosa que tanto quiere á mi amigo?

—¿Yo? exclamó Bathilde riendo á carcajadas. No, caballero; ¿de dónde habeis podido suponer? Veo que no me conocéis. Jamás he comprendido semejante sentimiento, ó mejor dicho, semejante debilidad; jamás amaré yo á nadie.

En este momento los dos interlocutores se pusieron de pié.

—¿Y por qué, señora? preguntó Belgrano con

asombro. Esa es una declaracion de independencia contra la cual reclamaremos

—¿Os sorprende, dijo Bathilde, que se ame la libertad, que se procure conservarla?

—¡De ninguna manera! respondió Belgrano alterando la entonacion de sus palabras; y especialmente nosotros, que debemos ante todo....

Belgrano comprendió que se desmandaba y se reprimió añadiendo:

—Pero vos, señora, es diferente; nuestras situaciones no son parecidas; cualquiera que sean vuestras ideas á este respecto, entre todos los deberes, no hay ninguno mas dulce, mas respetable que los de esposa y de madre, vínculos sagrados de la familia, que juntos forman los de la patria, y nos unen al suelo que nos ha visto nacer. En este país, todavía nuevo, si hubiérais sido testigo de la felicidad de nuestro domicilio; si hubiérais visto á nuestras jóvenes, queridas como amantes, estimadas como esposas; yo habria podido presentaros á mi madre, la hubiérais visto en medio de nosotros, soberana, adorada, prediciándonos el amor á la honra, el amor á nuestro país, que se confunden en nuestros corazones con el amor hacia ella misma. Y esta felicidad interior, esta estimacion general, esta consideracion, primera necesidad de un alma noble y generosa, ¿quién mas que vos, señora, estaria destinada á.... ¿Pero, qué tenéis?

Dijo repentinamente Belgrano al observar la emocion de Bathilde traducida poco despues en llanto.

—Nada, caballero, dijo Bathilde enjugándose las lágrimas que corrian por sus mejillas. Confieso que acabais de presentar á mis ojos un cuadro que enteramente nuevo para mí, y una felicidad á la cual no puedo aspirar.

—¿Qué he hecho, Dios mío? exclamó Belgrano. Ya comprendo. Se halla encadenado vuestro destino, vuestro porvenir; ¿vos no sois libre?...

—Sí, respondió Bathilde; no soy libre para poder retroceder, ni para cambiar mi suerte.... Pero no hablemos de eso, añadió suspirando; os lo suplico: recibid mi agradecimiento, y como es probable que no vuelva á veros....

—¿Cómo, señora! ¿Nos dejáis?

—Sí, amigo mío.

—Voy á pedir os el último favor, dijo Belgrano cogiendo la mano de la joven. Sepa yo al menos quien sois. Creo que no me negareis esta gracia. ¿Dudais? prosiguió Belgrano observando que la joven vacilaba. ¿Es indiscreta esta peticion?

—No, repuso Bathilde, soltando la mano que Belgrano le tenia asida; pero me parece singular que vos me hagais esa pregunta, cuando yo misma ignoro vuestro nombre.

—Me llamo Belgrano.

—¡Cielos!

—Soy coronel de los voluntarios de Buenos Aires.

—¡Vos sois el Belgrano á quien yo deseaba conocer!

—¿Qué decis? preguntó Belgrano con alegría. ¿Será posible?

—He querido decir, añadió Bathilde reponiéndose, quise decir solamente, que ese nombre ha resonado muchas veces en mi oído, y que siempre habia escuchado citar vuestro nombre con elogio.

—No soy digno de tanto honor; al menos no he merecido todavía.... pero vendrá un día en que nadie lo ignore, en que brille con gloria. Entonces ya habré vivido lo bastante; entonces no pediré mas que morir en medio de mis soldados, y en un día de victoria.

—¿Esa es vuestra única ambicion? preguntó Bathilde con cierto interés. ¿Nada deseais?...

—Nada, repuso Belgrano; y si vos, señora....

—¡Gente viene! dijo Bathilde mirando hacia la puerta; ¡es mi tío!

(Se continuará).

EL FUSIL DE AGUJA.

ACTUALIDAD.

El dibujo que presentamos del fusil de aguja, es copia de uno de los modelos de las armas de este género adoptadas por el ejército prusiano. Este grabado permite dar á conocer el mecanismo de esta arma, y de la diferencia que existe entre este fusil llamado de percusion.

Todos los informes recibidos hasta ahora del teatro de la guerra entre austriacos y prusianos, convienen en que las ventajas obtenidas por estos en los combates que han tenido contra aquellos, se deben principalmente á la prontitud con que se carga el fusil de aguja que usa el ejército prusiano.

El fusil de aguja fué propuesto á todas las grandes potencias europeas, estudiado por todos los estados mayores y desechado en todas partes, excepto en Prusia, por diversos motivos, pareciendo ser los principales los siguientes: Que los soldados corrian el riesgo de agotar muy pronto las municiones, hallándose por consiguiente desarmados antes de terminar la lucha; que dos semanas de campaña bastaban para estropear armamentos que son de suyo bastante delicados. Estos reparos tendrian fuerza si los fusiles de aguja no tuviesen precisamente por objeto abreviar las campañas como se ha visto en esta ocasion.

Con efecto, los austriacos conformándose á las instrucciones del general Benedek, en todos los encuentros que han tenido con los prusianos, han intentado atacar á sus adversarios á la bayoneta; pero en ninguna ocasion lo han conseguido á causa de la disposicion de las líneas prusianas y de los rápidos y certeros disparos de los fusiles de aguja.

Dispuestas las líneas de batalla prusianas en dos ó tres filas, con arreglo á la táctica antigua dejaban aproximar al enemigo hasta unos cien metros, á cuya distancia hacia fuego la primera fila hincada de rodillas, fuego que repetia la segunda de pié, colocándose en seguida en la misma actitud que la primera, á fin de que la tercera descargase sus fusiles, mientras las otras dos cargaban de nuevo los suyos; y como esta operacion se verificaba con tanta rapidez, los austriacos recibian en un minuto tantas descargas cerradas, que cuando llegaban cerca del enemigo, estaban ya las filas de aquellos tan claras, que tenian que retirarse en desorden, ó eran fácilmente arrollados, como le ha sucedido á la misma famosa caballería austriaca, siempre que ha dado carga á la infantería prusiana.

La revolucion que los fusiles de aguja ha causado en el arte militar es tal, que un general francés que ha ido al teatro de la guerra, comisionado por su gobierno para estudiarla, ha escrito á este recomendándole la adopcion de dicha arma para el ejército imperial, y diciéndole que sin ella no podria sostener una lucha contra los prusianos.

Es, pues, interesante conocer el mecanismo de este fusil, y con tal objeto vamos á reproducir las esplicaciones que acerca de su invencion, de su mecanismo y de sus efectos, da un periódico francés, que se espresa del modo siguiente:

«En 1836 apareció en Francia un folleto titulado: *Influencia de las invenciones modernas en el arte de la guerra*. Mucha impresion produjo dicho folleto en el mundo militar. Su anónimo autor fué objeto entonces de violentísimos ataques. Se le calificó de utopista, de visionario, porque vaticinaba el cambio que las armas de fuego perfeccionadas y la precision de los disparos habian de verificar en el arte de la guerra. *El Monitor del Ejército*, órgano de la Francia militar, publicó extensos y elocuentes artículos escritos por un oficial general muy instruido; y las cartas se multi-

plicaron contra el célebre folleto. En su página 46 se leia: «Hoy, desgraciadamente para la humanidad, los golpes no dan en vacío, las balas van muchas veces al sitio á que se las dirige, y los combates serán mas sangrientos de día en día. Todo ejército que quiera economizar sus tiros, y no dispararlos sino á buena distancia, puede estar seguro que causará horribles pérdidas al enemigo.

»Los sucesos ocurridos en Alemania á fines de junio han venido á corroborar cruelmente lo fundado de tales previsiones. Pero lo que en el folleto dió lugar á las mas vivas refutaciones, mezcladas á veces con bromas de cierto carácter, fué el convencimiento de que algun día las armas de fuego perfeccionadas se cargarían por la culata y se pondrían en manos de la infantería para que se valiese de ellas en la guerra.

»Muchos militares se encogian de hombros, otros se sonrieron con incredulidad, y todos creian que el fusil de aguja prusiano no era á propósito, mas que para gastar inútilmente una gran cantidad de cartuchos. Las columnas del *Monitor del Ejército* continuaban publicando innumerables elogios al famoso folleto.

Pero es lo cierto, que hoy, en una campaña de quince días, y despues de cinco días de combate, el ejército austriaco, que cuando menos, sabe tanto como el prusiano, ha sido batido, rechazado, derrotado, aniquilado, sin poder atacar sino muy raras veces á su adversario, «porque ese mismo adversario está armado de un fusil de aguja, que se carga por la culata.»

»Antes que la caballería austriaca, tan impetuosa y tan célebre, pudiera llegar á la línea contraria, habia recibido de cada soldado enemigo dos ó tres disparos del arma de precision: antes que la esforzada infantería austriaca tocara con sus bayonetas la línea desplegada de los batallones prusianos, ha recibido cinco ó seis balas de cada fusil.

»¿Cuál es, pues, esta terrible invencion, cuyos efectos han experimentado hoy los desgraciados austriacos, como en 1859 experimentaron el fuego de los cañones rayados?

»El fusil adoptado hace ya mucho tiempo en el ejército prusiano, llamado de aguja, ó sea de inflamacion central, se carga por la culata, y es de un sistema parecido al de las escopetas de que van ya haciendo uso los cazadores.

»El cartucho se coloca en la recámara con la rapidez con que se carga una escopeta del sistema Lefaucheux. La inflamacion, en vez de ser determinada por el uso de una cápsula sobre una chimenea, se produce por el choque de una aguja contra la cápsula fijada en el centro del cartucho entre la carga y la bala, de modo que la aguja atraviesa la pólvora y produce una inflamacion central interior é instantánea. El fusil pesa bastante poco; y como el cañon es rayado, la precision es grande, y el cargarse por la culata contribuye á que los disparos se sucedan con la rapidez horrorosa que se nota en los revolvers.

»Tal es el arma mortífera de que tanto se han burlado en todos los círculos militares de Europa; arma de que la Prusia ha hecho en provecho suyo tan terrible uso en las batallas de Bohemia.»

En nuestro dibujo el fusil está representado dispuesto á recibir el cartucho. Para cargar el arma el soldado toma la posicion que se toma cuando se quiere cargar un fusil del antiguo sistema.

SOLUCION DE LA CHARADA INSERTA EN EL NUMERO ANTERIOR.

Matemáticas.

EDITOR RESPONSABLE; DON DIONISIO CHAULIÉ.

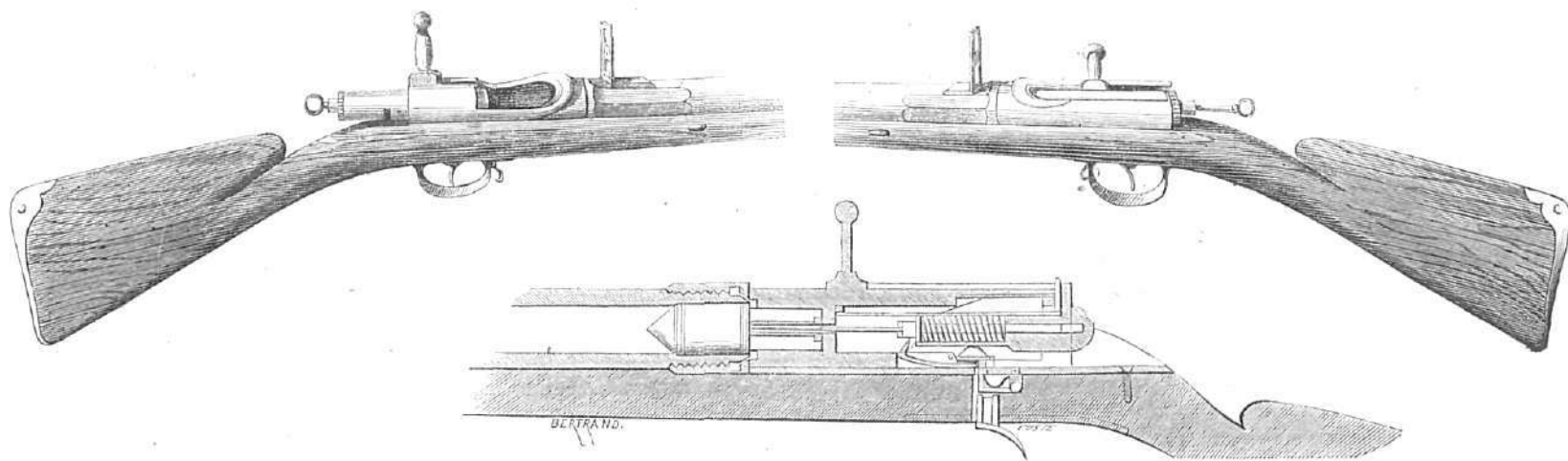
IMPRENTA DEL BANCO INDUSTRIAL

A CARGO DE D. J. BERNAT.

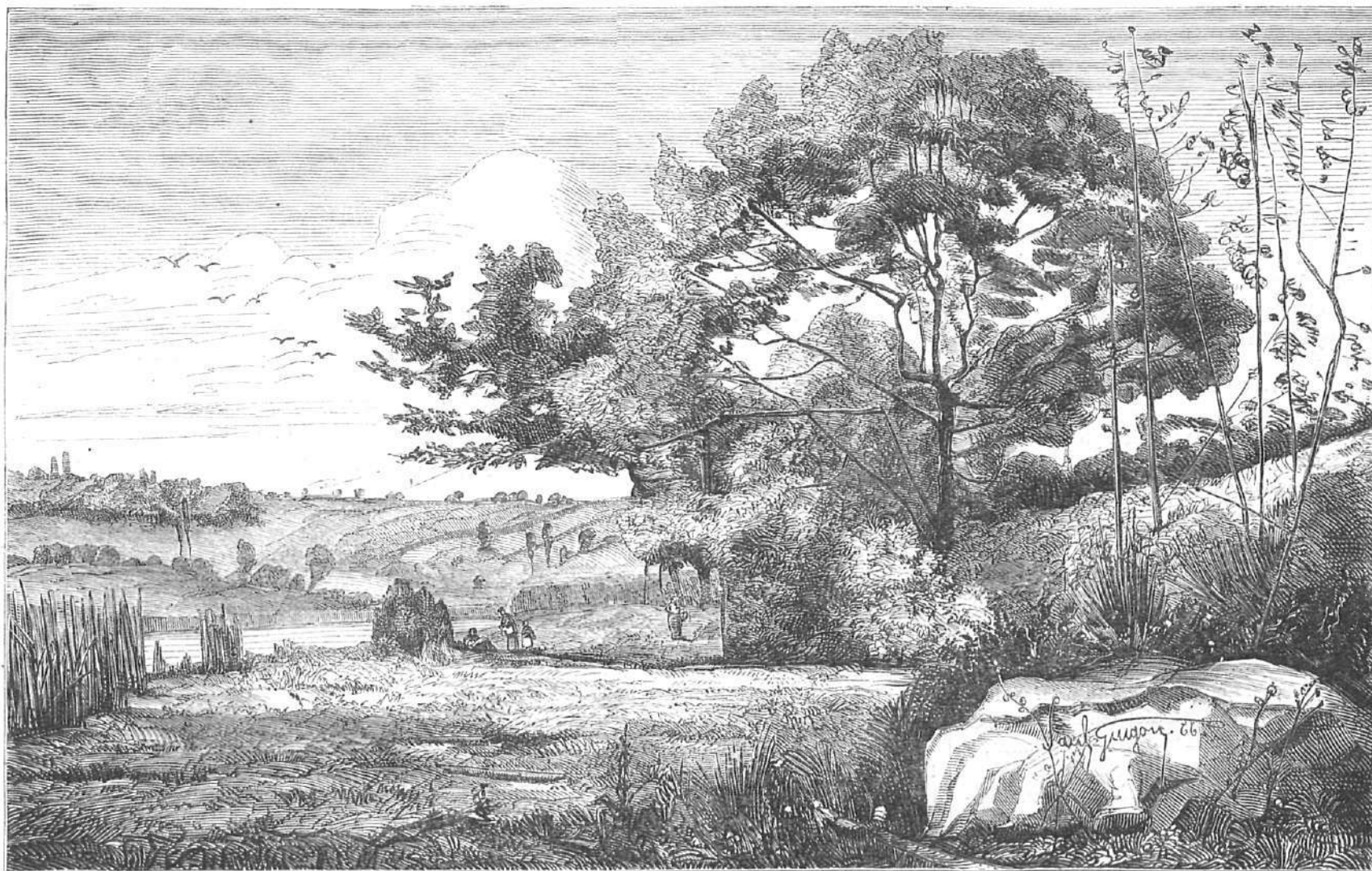
Costanilla de Santa Teresa, num. 3.—Madrid.—1886.



19



20



21